



W. SCOTT

PR5306

T2AL

V. 2

C. 1

010769



1080022141



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL





5



66

OBRAS

DE

SIR WALTER SCOTT.

El Talisman.

II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

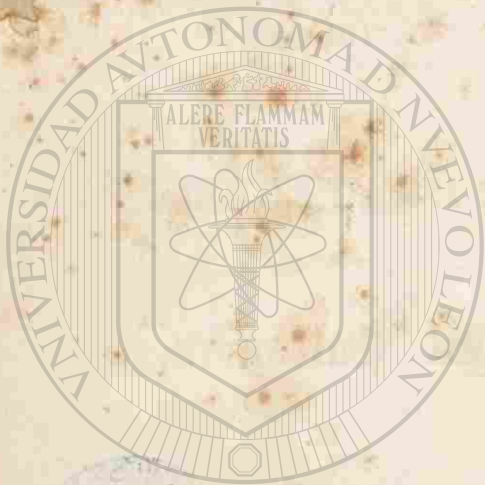


Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

46996  
SERVIDOR Y TELER



4



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

EL

# TALISMAN,

ó el rey Ricardo

EN PALESTINA :

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS ,

POR SIR WALTER SCOTT.

Traducción del ingles al castellano

POR DON J. DE MORA.

TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

PARIS,

LIBRERIA AMERICANA,

CALLE DEL TEMPLE, 69.

1857

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS, IMPRINTA LE MOUET Y COMP.,  
Calle de la Harpe, 90.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

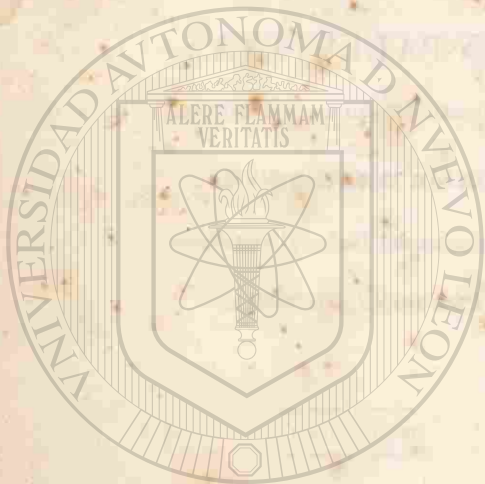
PR 5306

T2

V. 2

9

10



## EL TALISMAN.

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

### CAPITULO PRIMERO.

Peregrina historia es esa que me cuentas, sir Tomas, dijo Ricardo Corazon de Leon, despues de haber oido de boca del señor de Gisland las ocurrencias que dejamos referidas en el capitulo anterior. ¿Estás seguro que ese caballero escoces es hombre de pro?

II.

I

010769

— No puedo asegurarlo, respondió sir Tomas, conozco la veracidad de mis vecinos los Escoceses, y sé que no tienen palabra mala ni obra buena. Poco se les alcanza en esto de decir la verdad; pero el lenguaje de ese hombre parece lleno de franqueza y lealtad, y aun cuando en vez de ser Escoces fuera un demonio del infierno, diria de él lo mismo.

— ¿Y qué dices de su valor, y de la opinion de que goza entre los otros caballeros? preguntó Ricardo.

— Mas atañe á vuestra magestad que á mí, respondió sir Tomas, juzgar á los hombres por sus hazañas, y apuesto á que mas de una vez ha observado la conducta de sir Kenneth en el campo de batalla. Todos hablan con estima de su valor.

— Y con razon, respondió Ricardo; yo puedo asegurarlo, como testigo ocular. Mi principal objeto, cuando en los días de accion me coloco al frente del ejército, es observar como desempeñan su obligacion mis soldados y caudillos, y no el vano deseo de ganar gloria y nombradía. Harto vanos son los loo-

res de los hombres, que á guisa de vapores se disipan al soplo mas ligero, y no me doy yo el trabajo de ajustarme la armadura por tan frágil y deleznable galardón.

Mucha inquietud produjeron en el ánimo de sir Tomas estas palabras del monarca, tan opuestas á sus naturales inclinaciones: y creyó que solo la eercanía de la muerte, ó el temor de que esta se aproximase podia inspirarle semejante desprecio de la fama militar, que habia sido hasta entonces el aliento vital de toda su existencia. Mas acordándose de haber encontrado al confesor del rey en la antecámara, conoció que las instrucciones devotas de aquel eclesiástico, sobre la nada de las grandezas humanas, producian su efecto, y tranquilo con esta reflexion, dejó que siguiese hablando Ricardo, sin interrumpirle con sus argumentos.

— Sí, por cierto, continuó el monarca, he notado el modo en que el caballero del Leopardo desempeña su obligacion. De poco valdria la perspicacia de un caudillo si no advirtiese la conducta de sus inferiores, y



73

— sir Kenneth hubiera recibido ya alguna prenda de mi generosidad, si no me fuera conocida su presuntuosa fiereza y audaz petulencia.

— Señor, dijo el baron de Gisland, viendo que mudaba de color el rey, me temo que he desagradado á vuestra real magestad en haber disimulado la falta cometida por ese caballero,

— ¿Quién? ; tú! exclamó el rey, arrugando las cejas, y alzando la voz en tono de enfado. Si has disimulado tamaño desacato has hecho insulto á mi dignidad.

— Vuestra magestad, respondió el baron, deberá perdonarme si le recuerdo que á mi oficio de maestre de la caballería corresponde dar permisos á los caballeros de buena sangre, de tener uno ó dos perros en el campamento, para ejercer la noble arte de montería, á mas de que fuera pecado destruir un animal tan cumplido como el alano de sir Kenneth.

— ; Con que tanto vale! preguntó el rey-

— No hay debajo de la capa de los cielos,

74

repuso el baron, un animal mas perfecto. Es de la mas pura casta del Norte, añadió con el entusiasmo de un cazador; ancho de pecho, fuerte de lomos, negro de color, sin un pelo blanco en su cuerpo, sino unos vislumbres pardos en el cuello y en las piernas; capaz de parar á un toro, y de dar alcance á un gamo.

— Está bien, dijo el rey, sonriéndose, al ver la formalidad y énfasis con que sir Tomas hablaba, has dado la licencia, y no hay mas que decir en el asunto; empero, no seas tan liberal de ahora en adelante con esos caballeros andantes, que no dependen de ningún príncipe ni caudillo. Pronto nos dejarían sin una sola pieza en todos los montes de Palestina: volvamos á lo de ese médico pagano. ¿No dices que el Escoces le encontró en el desierto?

— No señor, respondió el baron; si hemos de dar crédito á sus palabras, la aventura del médico es la siguiente: llevaba sir Kenneth un mensaje á ese santo anacoreta de Engaddi, de quien tanto se habla...

— ¡Con dos mil de á caballo! dijo el rey, reventando de cólera. ¿Quién le dió ese mensaje, y con qué propósito? ¿Quién se atreve á enviar mensajeros á Engaddi cuando la reina se halla de romería en aquel santuario?

— El consejo de los príncipes de la cruzada, respondió sir Tomas, fué quien le dió el encargo: el motivo, lo ignoro; mas segun veo, pocos saben en el campamento que vuestra real consorte ha emprendido esa santa romería, y de mi parte, sé decir que es la primera noticia que de ello tengo. Quizas no lo saben tampoco los príncipes, puesto que la reina está separada de vuestra real compañía, desde que vuestra magestad lo ha mandado así, por temor de que se contagie su preciosa salud.

— ¡Con que en resúmen, dijo el rey, ese Escocés, ó enviado, ó como quieras llamarle; dió con el errante médico en la cueva de Engaddi!

— No señor, repuso sir Tomas; cerca de aquel sitio solitario encontró á un emir sar-

raceno, con quien lidió cuerpo á cuerpo, deseosos ambos de acreditar su valor, y conociendo que era digno el Moro de acompañarse con hombres de honor, caminaron juntos, como suelen hacer los de la andante caballería, hasta la gruta del santo anacoreta.

Detúvose en esto sir Tomas, pues no era hombre de los que cuentan largas historias en breves sentencias.

— Y allí encontraron al físico, dijo el monarca, con impaciencia.

— No, el señor, continuó De Vaux; sino que el Sarraceno, enterado de la dolencia de vuestra magestad, prometió que el soldan Saladino le enviaria el médico de su cámara, con las mayores seguridades de su superior destreza; y en efecto, vino á la gruta, despues que el Escocés le hubo aguardado en ella un dia y mas. Y en cuanto el doctor, viene acompañado á manera de príncipe ó magnate; con trompetas y atabales, y sirvientes de á pie y á caballo, trayendo ademas credenciales de su amo.



— ¿Ha examinado esos papeles Jacome Loredani? preguntó el rey.

— El intérprete, respondió sir Tomas, los ha visto y trasladado al ingles, y aquí está la version que de ellos ha hecho.

Ricardo tomó el papel, en el cual estaban escritas estas palabras: «La bendicion de Alá y de su profeta Mahoma. ( ¡ Maldito perro ! exclamó Ricardo, escupiendo al manuscrito. ) Saladino, rey de reyes, soldan de Egipto y de Siria, luz y refugio de la tierra, al gran Melech Ric, Ricardo de Inglaterra, salud. Habiendo entendido, real hermano nuestro, que te aqueja la mano de la enfermedad, y que solo tienes contigo médicos nazarenos y judíos, que obran sin la bendicion de Dios, y de nuestro santo profeta ( ¡ Satanás lo confunda ! dijo el rey ), te enviamos para que te asista y visite, durante esta calamidad, al físico de nuestra propia persona, Adonebec El Hakim, ante cuyo aspecto el ángel Azrael extiende las alas y huye del lecho del que padece, y el cual conoce las virtudes de las plantas y de las piedras, y

los signos y curso del sol, de la luna y de las estrellas, y puede salvar al hombre de los males que no lleva escritos en la frente. Y esto hacemos, rogándote encarecidamente que honres al dicho Adonebec El Hakim, y hagas uso de su sabiduría, no solo con el objeto de prestarte servicio digno de tu prez y nombradía, que es la gloria de todas las naciones del Franchistan \*, sino con el de llevar á cabo sin dilacion nuestra actual desavenencia, sea por honroso convenio, sea por medio de las armas, en batalla campal; considerando ademas que ni conviene á tu dignidad y fama morir como muere el esclavo, abrumado de trabajo y fatiga, ni á nuestro honor y decoro, que tan valiente adversario evite, á favor de esta enfermedad, la fuerza de nuestras armas. Y por tanto quiera el santo....»

— Basta, basta, dijo el rey, no quiero oír hablar de ese can de profeta. Hastío me causa que el valiente y esforzado Saladino,

\* Nombre que los orientales daban á Europa.



de fe y crédito, y reverencie y acate á una bestia muerta. Ahora lo que deseo es ver á ese Hakim, ó como se llame, y ponerme á su merced; y en cuanto al soldan, yo sabré pagarle su generosidad: lo encontraré en el campo de batalla, segun él mismo bravamente lo propone, y no tendrá por qué quejarse de la ingratitud de Ricardo Corazon de Leon. Le haré probar el peso de mi maza, y tales golpes le daré, que nunca los habrá recibido antes, hasta traerle al gremio de la santa Iglesia. Retratará y abjurará sus errores, puesto de rodillas ante la cruz de mi espada, y será bautizado en el campo de batalla, con mi propio yelmo, aunque sea necesario que se mezclen en las santas aguas su sangre y la mia. Date prisa, De Vaux, y adelanta cuanto puedas tan venturoso instante. Venga á este sitio El Hakim.

— Señor, dijo el baron, sospechando que esta excesiva confianza era efecto de la calentura, tened presente que el soldan es un pagano, y que vuestra magestad es su mas formidable enemigo.

— Y aun por esa razon, dijo el rey, es el mas á propósito para esta clase de servicio, pues segun él mismo da á entender, es mengua que una fiebre ponga término á una guerra entre dos poderosos monarcas. Saladino me aprecia, como yo aprecio á Saladino; como deben hacerlo recíprocamente dos nobles y magnánimos adversarios. Por mi fe, que seria pecado dudar de su lealtad y buena intencion.

— Paréceme, Señor, respondió el baron, no obstante cuanto habeis dicho, que seria bueno aguardar el éxito de esos brevages que el médico ha dado al escudero Escoces. Mi vida va en ello, pues seria digno de morir como un perro, si partiera de ligero en esta materia.

— Nunca te ví vacilar por miedo de la muerte, dijo Ricardo.

— Ni sé vacilar tampoco, dijo el baron, salvo cuando está de por medio la de vuestra magestad.

— Pues bien, repuso el monarca, hombre suspicaz y receloso, anda y observa los

progresos de esa cura, ó deja que el médico musulman me sálve ó me despache; que ya me cansa el verme aquí postrado, como vaca con morriña, en tanto que los tambores baten, y los caballos relinchan, y patalean, y las trompetas retumban.

El baron salió apresuradamente, resuelto á consultar el caso con algun prelado de la Iglesia, por no ser bastante su conciencia á decidir si un monarca cristiano se pondria en manos de un infiel.

El arzobispo de Tiro fué el primero á quien dió parte de sus dudas, por conocer su adhesion á Ricardo, que le habia dado grandes testimonios de afecto y veneracion. Oyó el arzobispo los escrúpulos de sir Tomas, y los trató con aquella ligereza, que le era lícito demostrar en presencia de un lego.

— Los médicos, dijo el prelado, asi como las medicinas que emplean, suelen ser de gran provecho y ventaja, aunque los primeros son, por lo comun, hombres de bajo y vil nacimiento, y las segundas, en

muchos casos, se sacan de sustancias inmundas. Lícito es aprovecharse de la asistencia de los paganos é infieles en nuestra propia ventaja, y no va lejos de la verdad el que crea, que si Dios les permite vivir, es tan solo para que sirvan de utilidad á los fieles cristianos; por esto es lícito tambien, servirse de los cautivos infieles, como esclavos. No hay duda que los primitivos cristianos se valian de los servicios de los idólatras, como lo hizo ver el bendito apóstol san Pablo, cuando navegaba en un buque de Alejandria hácia Italia, pues siendo paganos los marineros, el santo reconoció cuán necesaria era su ayuda. *Nisi in hi navi manserint, vos salvi fieri non potestis. Vosotros no podeis escapar con vida, á menos que estos, id est, los marineros, permanezcan en la nave. Además, que los Judíos son tan enemigos de la ley de Cristo, nuestro redentor, como los mahometanos, y apenas hay médico en el campamento que no sea de aquella secta, no obstante lo cual, los empleamos en nuestras dolencias,*



sin recelo ni escándalo. Por tanto, los mahometanos pueden desempeñar el mismo oficio, *quod erat demonstrandum.* »

Esta erudita y profunda peroracion calmó todas las inquietudes de Tomas De Vaux, á quien convencieron sobre todo los textos latinos, de que no entendia una sola palabra.

Pero el arzobispo siguió hablando, aunque no con tanta afluencia, sobre la posibilidad de que el Sarraceno procediese de mala fe y acerca de este delicado punto, no se atrevió á resolverse con tanta prontitud. El baron le enseñó las credenciales, que el prelado leyó y releyó atentamente, comparando el original con la traduccion.

— Sucesos de esta clase, dijo, no pueden menos de ser muy del gusto de Ricardo; pero yo no estoy lejos de sospechar las intenciones del Sarraceno. *Timeo Danaos et dona ferentes*, que dijo el profano. Los secretarios de Mahoma son diestrisimos en el conocimiento y uso de ponzoñas, y de tal modo las templan, que tardan semanas en-

teras en producir su efecto, dando lugar á que el envenenador desaparezca. Impregnan con sùtiles venenos el paño y el cuero, y hasta el papel y el pergamino. La vírgen, nuestra señora, nos defienda. ; Y yo necio de mí que lo sé, y he puesto tan cerca de mi rostro esas credenciales! Tomadlas pronto, sir Tomas, por *si fortè.*

Y al decir estas palabras alargó precipitadamente los papeles al baron. Mas lo que por lo presente conviene, continuó el arzobispo, es ir á la tienda del escudero, donde nos será dado saber si ese El Hakim posee el arte de curar como Saladino asegura, antes de resolernos á permitirle que lo ejerza en la persona de Ricardo. Bueno será que yo me prevenga de antemano con un poco de romero mojado en vinagre, y os aconsejo que useis de la misma precaucion, pues estas fiebres son una verdadera pestilencia. Algo se me alcanza en esto de medicina.

— Doy gracias á vuestra señoría muy reverenda, dijo sir Tomas; pero si la fiebre se



hubiera de atrever conmigo, tiempo ha que me hubiera atacado á la cabecera del rey.

El arzobispo de Tiro se sonrojó al oír esto, pues era público, que no se habia atrevido á acercarse al monarca en el discurso de su enfermedad. Los dos personajes echaron á andar, yendo delante el baron.

Al llegar á la pobre cabaña en que sir Kenneth, el del Leopardo y su escudero residian, el arzobispo dijo á De Vaud: «Ved, milord, lo que son estos caballeros escoceses, y el cuidado que tienen de sus servidores. Aquí tenemos uno que dicen que pelea bien el día de accion, y que parece digno de importantes mensajes en tiempo de tregua, y ved el sitio en que tiene á su escudero, que no parece sinó establo de vacas. ¿Qué decis de nuestros vecinos?»

— Digo, señor arzobispo, respondió sin poderse contener sir Tomas, que harto hace el amo que aloja á su servidor bajo el mismo techo que le guarece.

El prelado entró, no sin cautela y repugnancia, en la cabaña de sir Kenneth, si-

guiendo los pasos del baron. Era hombre que no carecia de valor, pero que sobre todas las cosas humanas, atendia á la conservacion y bienestar de su persona; mas en la ocasion presente, le pareció indispensable examinar por sí mismo la ciencia del Arabe, por lo que se erguió cuanto pudo, y se revistió de entonada gravedad; creyendo de este modo imponer respeto al extrangero, y darle una encumbrada idea de su dignidad y sabiduría.

Y cierto que su presencia era alta y magestuosa. Habia sido de bello parecer en su juventud, y la edad no le habia despojado de un todo de aquellas ventajas. El espléndido ropage episcopal de que usaba, estaba forrado de pieles costosas, y guarnecido de finísimo encage. Los anillos que relumbaban en sus dedos valian tanto como una baronía, y la clámide, que á la sazón iba abierta y echada atras por causa del calor, tenia broches de oro puro, con que se unia y sujetaba cuando convenia. Su barba, que los años habian convertido en nieve, on-

deaba pomposamente sobre el pecho, y en torno de las mejillas. Uno de los acólitos que le acompañaban, protegía su cabeza contra los rayos del sol, por medio de una ancha sombrilla de hojas de palmero, mientras el otro refrescaba el aire entorno, agitando suavemente un gran abanico de plumas de pavon.

Cuando el arzobispo de Tiro penetró en el pabellón del caballero escoces, este se hallaba ausente, y el doctor sarraceno, objeto de su curiosidad, se hallaba, como cuando sir Tomas le habia visto antes, cruzado de piernas sobre el almohadon de esteras, contemplando atentamente el sueño del escudero, y tomándole de cuando en cuando el pulso. El arzobispo permaneció en pie, y guardando silencio, por espacio de algunos minutos, como si esperase que el extranjero le hiciese una profunda humillacion, ó que le hiciese gran impresion la gravedad de su talanté. Pero Adonebec El Hakim no hizo mas que echarle una ojeada, y cuando el prelado al fin se decidió á salu-

darle en lengua franca, el médico solo le respondió con el acostumbrado cumplimiento de los orientales: *Salam alium*, que quiere decir, « la paz sea contigo. »

— ¿Eres tú, médico infiel? preguntó el arzobispo algo enojado el ver esta irreverente acogida. Si así es, holgárame de hablar contigo sobre cosas de tu arte.

— Si algo se te alcanza del arte de curar, respondió El Hakim, sabrás que no es lícito á los fisicos razonar ni discurrir cerca del enfermo. Escucha, añadió, oyendo el sordo y ahogado gruñir del alano de sir Kenneth, ese animal te enseña tu obligacion, Ulemat\*. Su instinto refrena el ladrido, porque sabe que está en la habitacion de quien padece. Vamos fuera de la tienda, dijo, levantándose y enseñando el camino, y allí oiré cuanto tengas que decirme.

A pesar de la llaneza del traje del mahometano, y de la inferioridad de su estatura, comparada con la elevada y fornida de sir

\* Nombre que dan los mahometanos á sus sacerdotes.



Tomas, el arzobispo notó en sus palabras y modales cierta gravedad y comedimiento, que le impidió manifestar todo el descontento que le causaba aquella soltura y familiaridad. Cuando los tres se hallaron fuera de la tienda, el arzobispo estuvo observando silenciosamente al Arabe, maravillándose de su aparente juventud, de la serenidad de su fisonomía, de la magestad y mesura de todos sus ademanes, y sobre todo de la indiferencia con que miraba á uno de los primeros personajes de la Iglesia católica.

Rompiendo al fin el silencio, en que el Moro permanecía, el prelado le preguntó, cuántos años tenía.

— Los años de los hombres vulgares, respondió El Hakim, se echan de ver en la barba y en el bigote; los del sabio, en el fruto de sus estudios. Mi edad es cien revoluciones de la Hegira\*.

El baron que creyó al pie de la letra que

\* Daba á entender que sus conocimientos eran tales que cien años se necesitaban para adquirirlos por medio del estudio.

el mahometano tenía cien años de edad, miró con ojos atónitos al prelado, el cual comprendió el sentido enigmático de la respuesta, y respondió á la mirada del Ingles con un ademan misterioso de inteligencia y superioridad. Y volviendo á revestirse de pomposo erguimiento, pidió al médico alguna prueba de su saber.

— La palabra del soldan, respondió El Hakim, poniendo la mano en la gorra, en señal de reverencia; la palabra de aquel que jamas la rompió con amigo ni enemigo. ¿Qué mas quieres, Nazareno?

— Quiero, dijo el arzobispo pruebas oculares de tu habilidad, y sin dárme las antes, no te acercarás al lecho de Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra.

— El loor del médico, contestó el Arabe, es la salud del paciente. Observa ese escudero, á quien ha secado la sangre esa enfermedad que ha sembrado vuestro campo de esqueletos, y contra la cual la ciencia de los físicos nazarenos, ha sido como un almohadon de seda contra una punta acerada. Ha



poco que la muerte habia clavado en él su garra. Secos estan sus huesos, como los árboles del bosque cuando los ha despojado el viento del desierto: pero si el ángel Azrael hubiera estado á un lado de su cabeza, y yo al otro, el golpe funesto hubiera quedado suspenso en el aire. De poco aprovecha molestarme con mas preguntas; aguarda, si quieres, al momento crítico, y el éxito responderá.

El físico, dichas estas razones, sacó el astrolabio, oráculo de la sabiduría de Oriente, y observando que era llegada la hora de la oracion de la tarde, se puso de rodillas, vuelto el rostro hácia la Meca, y recitó las plegarias que el Alcoran prescribe. Mirábanse suspensos el arzobispo y el baron, indignados de presenciar aquellos ritos sacrílegos, mas no osaron interrumpir al médico en sus devociones, aunque tan diabólicas y abominables les parecian.

El Arabe se levantó de la tierra en que se habia postrado, y entrando en la tienda, y viendo al paciente que no habia mudado

de posicion, sacó de una caja de plata, una esponja, que sin duda estaba empapada en alguna infusion aromática, porque al aplicarla á la nariz del dormido escudero, estornudó inmediatamente, abrió los ojos, y miró en torno de sí con estrañeza y ansiedad, pero sin señales de dolor ni aturdimiento. Parecia ciertamente una vision sobrenatural; una de aquellas escuálidas fantasmas que amenazan en su sueño inquieto al homicida. Descubriáanse uno á uno todos sus huesos, en la superficie del cútis, como si jamas hubiesen estado revestidos de carne. Estaban hundidos sus ojos, acartonadas sus mejillas, confusamente desordenados sus cabellos y barbas; empero sus miradas que al principio eran vagarosas é inciertas, se fuéron tranquilizando y fijando poco á poco. No tardó en percibir el alto carácter de aquellos dos sugetos que enfrente de su lecho se hallaban, y aunque apenas podia mover la mano, hizo un esfuerzo para quitarse el lienzo que le cubria la cabeza, en señal de reverencia, pregun-

tando al mismo tiempo por su amo, en voz lánguida y desfallecida.

— ¿Nos conoces, buen hombre? le preguntó sir Tomas De Vaux.

— No perfectamente, respondió el escudero. Mi sueño ha sido largo, y lleno de delirios. Veo sin embargo que sois un lord de Inglaterra, y que estoy delante de un santo prelado, cuya bendicion imploro, como pobre pecador.

— *Benedictio Domini sit tecum*, exclamó gravemente el arzobispo de Tiro, haciendo la señal de la cruz sobre el enfermo, aunque procurando guardar la misma distancia á que se hallaba.

— Ya lo veis, Nazarenos, dijo entonces el musulman; la fiebre ha cedido; el enfermo habla en su acuerdo, tomadle el pulso, y conoceréis cuan igual y tranquilo late.

El arzobispo se rehusó á hacer la experiencia, pero sir Tomas, menos tímido y receloso, aplicó la mano al pulso, y se convenció de que la fiebre había desaparecido.

— Maravilla es esta, dijo el baron miran-

do al arzobispo, de que ya no es posible dudar. Vamos con este hombre á la tienda del rey Ricardo. ¿Qué piensa vuestra reverendísima señoría?

— Deteneos, dijo entonces El Hakim, y dejadme terminar una cura antes de empezar otra. Estaré á vuestras órdenes, despues de haber dado al enfermo una segunda copa de este elixir celestial.

Dichas estas palabras, el Arabe tomó en la mano una copa de plata; vertió en ella el licor que contenia una vasija, puesta á la cabecera del enfermo; sacó un taleguillo de un tejido de seda, en forma de red, cuyo contenido no pudieron distinguir los asistentes; le metió dentro de la copa, y allí le tuvo observándolo con la mayor atencion, por espacio de cinco minutos. El baron y el arzobispo creyeron ver formarse una efervescencia durante esta operacion; mas no tardó mucho en ceder.

— Bebe, dijo El Hakim al enfermo, duerme, y despierta libre de toda dolencia.

— ¿Y con esta simple droga, preguntó el



arzobispo de Tiro, quieres curar á todo un rey de Inglaterra?

— Con esta simple droga, repuso el musulman, he curado á un hombre como lo estais viendo. ¿Son acaso de otro barro los reyes de Franchistan?

— Vamos con este hombre al rey, dijo otra vez el impaciente sir Tomas De Vaux; ya nos ha hecho ver que no es mentida su ciencia, y que puede restablecerle la salud. Si falla, yo le enviaré á curar musulmanes á los profundos senos del abismo.

Iban ya los tres á salir del pabellon, cuando el enfermo, alzando la voz en cuanto se lo permitia la postracion de sus fuerzas:

— Muy reverendo padre, exclamó, noble caballero, y tú, sabio y caritativo doctor, si quereis que pueda recobrar sueño y tranquilidad, decidme por caridad ¿qué se ha hecho de mi querido amo?

— Tu amo, buen amigo, respondió el prelado, se halla en remota expedicion, y honrosa embajada, que le detendra algunos dias.

— ¿De qué sirve engañarle? dijo entonces el baron De Vaux, tu amo está de vuelta en los reales, y no tardarás mucho en verle.

El enfermo alzó las manos al cielo en señal de gratitud, y no pudiendo ya resistir el efecto del narcótico elixir, cerró los ojos y quedó profundamente dormido.

— Mejor médico haceis que yo, sir Tomas, dijo el prelado. Los enfermos gustan mas de mentiras que de verdades, cuando aquellas les son gratas.

— ¿Qué quereis decir, reverendo señor? preguntó sir Tomas, ofendido de aquella reconvencion. ¿Pensais que diria yo una mentira, aunque fuera para salvar la vida á un escuadron entero?

— Habeis dicho, repuso el arzobispo, con manifestas señales de inquietud, que el amo de ese hombre ha vuelto de su expedicion, y si no me engaño, hablais de sir Kenneth el del Leopardo.

— Y ha vuelto en verdad, dijo sir Tomas; y hace pocas horas que he hablado con él,



y ese doctor árabe ha venido á los reales en su compañía.

— ¡La virgen nos ampare! ¿Porqué no me lo habeis dicho antes? exclamó el prelado descompuesto y trémulo.

— Creí haberos dicho, continuó el baron, que el físico enviado por el soldan, venia escoltado por ese caballero escoces: pero ¿qué tiene que ver su vuelta con la ciencia del doctor, y con la cura del rey que es lo que mas nos importa?

— Mucho, sir Tomas, dijo el arzobispo, estampando el pie en el suelo, agitando las manos, y dando otras evidentes señales de involuntario desasosiego. Pero ¿dónde estará ahora? Dios le asista, y nos asista á todos. Aquí hay alguna grave equivocacion. ¡Válgame san Pedro apóstol!

— Ese mancebo, dijo sir Tomas, podrá quizas satisfacer vuestra curiosidad.

Llamáronle en efecto, y aunque solo hablaba el casi ininteligible dialecto de los montañeses de Escocia, pudieron colegir por sus respuestas, que sir Kenneth habia

sido llamado á la tienda del rey, poco antes de la llegada de los dos personajes; lo cual en tal manera aumentó la turbacion del arzobispo, que no pudo menos de notarla el baron, con no ser un observador muy experto, ni aficionado á cavilidades ni sospechas. Pero mientras mas crecia el trastorno del prelado, mayor esmero ponía en disimularlo. Al fin se despidió precipitadamente de De Vaux, que no cesaba de mirarle sorprendido y atónito, y encogiéndose de hombros, como quien no comprende lo que está viendo, se encaminó con el sabio Arabe á la tienda del rey de Inglaterra.



# U A N L

## CAPITULO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

El baron de Gilsland marchaba con paso detenido, y con aspecto taciturno. Desconfiaba mucho de sí mismo, excepto en el campo de batalla, y convencido de la pequeñez de sus alcances, se limitaba á extrañar las ocurrencias que un hombre de ima-

®

ginacion mas viva habria procurado entender, ó á lo menos investigar y examinar de cerca. Parecíale sumamente extraordinario que el arzobispo de Tiro hubiese mirado con tanta ligereza la maravillosa cura de que habia sido testigo, y la probabilidad de que el rey recobrase por el mismo medio su salud, que tanto importaba á la cristianidad, y que al mismo tiempo, le fuesen tan interesantes las idas y venidas de un pobre caballero escoces, que tan poco ruido hacia en el mundo, y que de tan poco peso debia ser en la balanza de los negocios: por lo cual, y á despecho de su acostumbrada indiferencia á los sucesos en que no tomaba parte, llegó á luchar con las conjeturas y recelos que se agolpaban á su fantasía.

Al fin se le ocurrió la idea que todo aquello podria ser una trama contra el rey Ricardo, urdida en el campo de los aliados, y en la cual estaria quizas implicado el arzobispo, de quien se decia generalmente que era un político tan astuto como poco escrupuloso. A los ojos del baron, no habia de-

bajo de la bóveda del cielo un hombre mas perfecto que su amo, el cual siendo la flor de la caballería, el caudillo de los caudillos cristianos, y el mas fiel ejecutor de los mandatos de la santa Iglesia, poseia con esto las mas altas perfecciones, que, segun sir Tomas, podian caber en un mortal. Tambien sabia por experiencia que las prendas generosas de Ricardo le habian atraido tanto desafecto y censura por una parte, como honor y cariño por otra, y que en el mismo campamento cristiano, y entre los mismos príncipes que habian pronunciado el juramento de la cruzada, habia algunos que de buena gana hubieran sacrificado toda esperanza de victoria, á la ruina, ó cuando menos, á la humillacion y abatimiento de Ricardo de Inglaterra.

— Por tanto, decia el baron, hablando consigo mismo, no parece fuera de toda posibilidad que este médico árabe, con los brebages que al escudero escoces ha administrado, se proponga tan solo acreditarse de docto, y ganar la confianza del rey, y



acercarse á su persona, hallándose quizas de acuerdo con el del Leopardo, y quizas con el mismo arzobispo, no obstante ser un príncipe de la santa Iglesia.

Estas sospechas del buen sir Tomas no estaban á la verdad de acuerdo, con el susto y sobresalto que manifestó el arzobispo, cuando supo que sir Kenneth habia vuelto de su mensaje. Pero De Vaux se dejaba llevar únicamente por las preocupaciones generales que en las diferentes aventuras de su vida habia adquirido, las cuales le habian dispuesto á creer firmemente que un astuto prelado italiano, un falso y descarado Escocés, y un curandero mahometano, eran tres pestíferos ingredientes, de los que nada bueno y sí mucho daño podia aguardarse. En virtud de todas estas consideraciones resolvió confiar cuanto habia visto y conjeturado al rey, de cuya discrecion y prudencia tenia tan alta idea como de su intrepidez y valor.

Al mismo tiempo habian ocurrido algunos incidentes de un todo opuestos á los

recelos y suposiciones que agitaban el ánimo de sir Tomas. Apenas habia salido de la tienda real, para informarse del estado del escudero, Ricardo, ora por la impaciencia natural de su índole, ora por efectos de la efervescencia que bullia en su sangre, empezó á quejarse de su tardanza, y á manifestar el deseo de que estuviese de vuelta. Procuró sin embargo valerse de toda su razon para dominarse y calmar aquella inquietud que tanto aumentaba su padecer. Fatigó á todos los que le asistian pidiéndoles cuanto podia distraerle, ora el breviario del capellan, ora la trova de algun yuglar de la corte, ora en fin el arpa del trovador: mas de nada servia ninguno de estos recursos. Al fin, pasadas dos horas despues de puesto el sol, y mucho antes de recibir respuesta alguna sobre el éxito de la cura intentada, envió, como ya se ha dicho, un mensagero á la tienda de sir Kenneth, con orden de que compareciese este inmediatamente en su presencia, á fin de distraer su impaciencia oyendo de

la boca del caballero todas las circunstancias de su mensaje y de su romería, así como las de su encuentro con el sabio musulmán.

El caballero del Leopardo, en cumplimiento de aquel superior mandato, entró en la tienda del monarca, como quien está acostumbrado á pisar los umbrales de la opulencia y del poder. Apenas le conocía el rey de vista, por haber concurrido á las fiestas y saraos que Ricardo, con su natural generosidad y galantería, solía dar á los caballeros del ejército; cuyas ocasiones aprovechaba diligentemente el Escocés, no solo por honrarse con aquella distinción que á su grado correspondía, sino también por lograr la dicha de fijar los ojos en la dama de sus ocultos pensamientos. El rey miró atentamente á sir Kenneth, cuando este se le acercaba. Sir Kenneth hincó la rodilla en tierra: volvió á levantarse, y permaneció en pie delante de Ricardo, con un aspecto respetuoso y comedido, mas propio de un guerrero en presencia de su caudillo, que de un vasallo en la de su señor.

— Tu nombre, dijo Corazon de Leon, es Kenneth del Leopardo. ¿Quién te confirió la orden de caballería?

— La espada de Guillermo, el Leon de Escocia, respondió sir Kenneth.

— Bien puede conferir honor aquella espada, continuó el rey, y bien creo que mereces el espaldarazo que de ella has recibido. Testigo soy de que has obrado como caballero y hombre de coraje y brio en el conflicto de la batalla; y antes hubieras experimentado los efectos de mi buena voluntad y protección, si ya no fuera porque tu audacia en otros puntos ha sido tal, que en galardón de tus servicios, solo puedes aspirar al perdón de tu desacato. ¿Qué dices?

Sir Kenneth quiso hablar, mas fué en vano, pues le turbaron en gran manera las palabras del rey y sus penetrantes miradas, con las cuales se figuraba que Ricardo había leído en su alma la osadía de sus esperanzas, y visto el retrato del encumbrado objeto de su amor.



— Y aunque todo soldado, continuó el monarca inglés, debe respeto y veneración á sus superiores, y todo vasallo, sumisión y reverencia á su señor, un valiente caballero merece que se le perdone mayor culpa, que la de tener en el campamento un perro alano, no obstante la prohibición expresa de nuestra real pragmática.

Ricardo continuó mirando á sir Kenneth, el cual sonrió involuntariamente al verse libre de la acusación que tenía, y que las primeras reconvenciones del rey le habían dado á entender.

— Vuestra magestad, dijo el Escoces, no obraría de acuerdo con su conocida magnanimidad, si de otro modo procediera en este negocio. Nosotros, los caballeros de Escocia, con escasas rentas y lejos de nuestros solares, no podemos ostentar el esplendor de los nobles de la corte de Inglaterra, á quienes los Lombardos prestan cuanto dinero necesitan. Para que los Sarracenos experimenten la fuerza de nuestros puños, no está mal que se agregue de cuando en

cuando á las tortas de cebada, tal cual pedazo de venado curado al sol.

— No has menester mi real beneplácito, dijo el rey, puesto que sir Tomas de Vaux, que, como todos mis oficiales y servidores, solo dispone lo que puede agradarme, te ha dado ya el privilegio de montería y cetrería.

— No mas que el de montería, y vuestra magestad perdone que le interrumpa, contestó el Escoces, mas si á este se agregara el de poder llevar un halcón al puño, sendas garzas y gallinetas podría enviar á vuestra magestad para su regalo y servicio de su mesa.

— Presumo, dijo el rey, que si tuvieras un halcón no hubieras aguardado mi consentimiento. Bien sé lo que por ahí se dice de los monarcas de mi línea de Anjou, que tanto nos ofende una infracción de nuestras ordenanzas de montería como una traición contra nuestra real corona: con todo eso, sabemos perdonar semejantes culpas á hombres de esfuerzo y de honor;



mas basta de esto por ahora, que lo que mas interesa es saber cómo, y por cuya autoridad has emprendido esa jornada al desierto del mar Muerto, y á la cueva de Engaddi.

— Por orden y encargo, repuso sir Kenneth, del consejo de los príncipes de esta santa cruzada.

— ¿Y quién es el osado, preguntó el rey, que á dar esas órdenes y mensajes se aventura, sin mi noticia y consentimiento? ¿No soy yo tambien de la liga?

— Con el acatamiento debido á vuestra grandeza, respondió el Escoces, digo que no me toca entrometerme en esos particulares. Soldado soy de la cruz, al servicio, por ahora, de la ilustre bandera de vuestra magestad, y muy honrado con el permiso de seguirla y defenderla: pero quien ha puesto en su pecho la imagen del árbol de la redencion, y se emplea en la del santo sepulcro, está obligado á obedecer las órdenes de los príncipes y caudillos, que esta bendita empresa capitanean y dirigen. La dolencia

que por lo presente aqueja á vuestra magestad, y plegue á Dios que tenga breve término, le ha estorbado asistir á los consejos, en que es tan potente su voz, y tan cuerdo su aviso. Calamidad es esta de que se lamenta toda la cristiandad: pero como soldado, solo debo obedecer á las personas en quienes recae legítimamente la autoridad, á menos de dar un mal ejemplo en el campamento cristiano.

— Bien has dicho, repuso Ricardo, y la culpa no es por cierto tuya, sino de aquellos que las habrán conmigo, cuando plegue á su divina magestad sacarme de este lecho de ocio y de tormento. ¿Y cuál era el objeto de tu mensaje?

— Pregunta es esa, respondió sir Kenneth, á la cual solo podrán satisfacer debidamente los que con su confianza me honraron, y á la que solo puedo contestar incompleta, y quizas erradamente.

— Responde sin rodeos, exclamó el rey, si no estás mal con tu vida.

— Mi vida, señor, respondió el Escoces,

harto aventurada la tengo, y bien poco me importa, desde que á esta remota empresa he venido, la cual mayor galardón me ofrece en la ventura celestial, que en las satisfacciones y dichas terrenas.

— Por el santo sacrificio de la misa, dijo Ricardo, que eres hombre de pro. Los Escoceses, señor caballero, son gentes que yo amo y estimo teniéndolos por bravos, aunque poco afables; y por verdaderos y leales en los negocios graves, bien que la pobreza les obliga á veces á ser artificiosos y disimulados. Algun afecto y consideración me deben en conciencia, por haber hecho de mi grado y buena voluntad, lo que nunca hubieran obtenido por la fuerza de las armas como no lo obtuvieron de mis predecesores. Les he devuelto los castillos de Rorburgh y Berrwick, que eran feudos de mi corona: he restablecido los límites antiguos de los dos estados: finalmente, he renunciado al derecho de homenaje que nunca me pareció justo exigirles. Los otros reyes de Inglaterra los tenían por vasallos

descontentos y rebeldes; yo he querido que sean mis independientes y honrados amigos.

— Todo eso habeis hecho, señor, respondió sir Kenneth, por vuestro real tratado celebrado con nuestro monarca en Canterbury, y aun por eso hemos venido siguiendo vuestro estandarte, y para hacer esta guerra contra infieles, los caballeros escoceses, que hasta ahora habíamos molestado vuestras fronteras. Si tan reducido veis su número, no otra ha sido la causa sino los crueles estragos de la guerra.

— Requíerote pues, continuó el rey, por estos mis buenos oficios para con Escocia, y por el carácter de que me hallo revestido, de miembro principal de esta liga, que me digas cuanto sepas acerca de estas negociaciones y tratados, pues aunque tengo derecho á saberlo de los mismos que lo proyectan y fraguan, mas veracidad espero de tus labios que de los suyos.

— Señor, respondió el caballero, os diré la verdad, puesto que vuestras miras se encaminan tan solo al éxito de esta empresa, y



que nacen de un corazón recto y magnánimo, que es mucho más de lo que pudiera decir de otros. Tenga pues entendido vuestra magestad, que mi mensaje era proponer por medio de aquel santo varón de Engaddi, á quien el mismo Saladino reverencia..

— ¡La prolongación de la tregua! dijo Ricardo, interrumpiendo de pronto al Escocés.

— No, por san Andrés, dijo sir Kenneth; sino el convenio de una paz duradera entre Turcos y cristianos, y la retirada de nuestros ejércitos de Palestina.

— ¡San Jorge! dijo Ricardo, como sobrecogido de espanto y confusión. Mal había pensado de ellos, mas no tanto que se sometiesen á esta deshonra y abatimiento. Habla sin miedo, sir Kenneth. ¿Cuáles eran tus intenciones al llevar ese mensaje?

— Mis intenciones eran rectas y honradas, dijo el caballero, porque, viendo al ejército sin el único caudillo que puede guiarle por el camino de la victoria, y convencido de que nada se puede esperar de los que le sucedan, mas prudente me parecía evitar,

que aguardar tranquilo la ruina y el exterminio.

— ¿Y cuáles eran las condiciones de ese propuesto tratado? preguntó el monarca, reprimiendo á duras penas el despecho que estallaba ya en sus miradas.

— Las condiciones, dijo el del Leopardo, no me eran conocidas. Púselas selladas en manos del santo varón.

— ¿Y qué piensas, dijo el rey, de ese ermitaño? ¿Es santo, es loco, es traidor?

— Su locura, señor, continuó el Escocés, no es mas que un artificio para cautivarse el respeto de los paganos, que miran á los locos como inspirados del cielo, y aun por esto lo aparenta en ciertas ocasiones, y cuando mas conviene á su propósito, mas no se nota en su porte general y conversacion el menor síntoma de destempe.

— Verdad puede ser, dijo el monarca, reclinándose de nuevo en la cama, de que había procurado alzarse, durante el principio de esta conversacion. ¿Y en cuanto á su penitencia y austeridad



— Su penitencia, repuso sir Kenneth, me parece sincera, y afecto del remordimiento producido por algun grave delito, por el cual, segun dice, se halla condenado á eterna reprobacion.

— ¿Y cuál es su opinion acerca de la guerra actual? preguntó Ricardo.

— Parece, señor, dijo sir Kenneth, que ha llegado á desesperar de la seguridad de Palestina, como de la salvacion de su alma, á menos de sobrevenir un milagro del cielo; sobre todo, desde el punto y hora en que Ricardo de Inglaterra no capitanea las huestes de Cristo.

— ¡Y por tanto, exclamó el rey, la cobarde política de ese ermitaño fomenta la de esos mezquinos príncipes, que en desprecio de su fe y promesa, y pleito homenaje, solo son arrojados y decididos cuando es llegada la hora de la fuga! ¡Malsines! Echen á correr si quieren, y atropellen á su moribundo aislado, ya que no ósan atacar de frente al enemigo.

— Vuestra magestad me permita decirle,

repuso el Escocés, que esas palabras parecen hijas de la fiebre, y que la dolencia de Ricardo es enemigo mas formidable á las armas cristianas, que todos los enjambres de infieles que pueda arrojar de su seno el Asia.

El rostro de Ricardo parecia, en efecto, extraordinariamente inflamado y enrojecido; sus ademanes eran desconcertados y violentos. La contraccion de sus músculos, y su respiracion agitada y desigual, indicaban los dolores del cuerpo y las ansias del corazon, mientras su espíritu, como en despecho de ambos, y enseñoreándose sobre aquella borrasca de tormentos, le conservaba desembarazada la reflexion, y expedita la lengua.

— Puedes adularme, sir Kenneth, dijo el rey, pero hartó será que me alucines. Aun tengo que saber de tí otras cosas. ¿Vistes á mi real consorte en Engaddi?

— No puedo decir si la he visto, respondió sir Kenneth con gran turbacion, teniendo presente la procesion nocturna de la capilla.

— Pregúntote, continuó con voz mas firme el monarca, si has estado en la capilla del

convento de monjas carmelitas de Engaddi, y si has visto en él á Berenguela, reina de Inglaterra, y á las damas de su corte, que han ido con ella en romería.

— Señor, respondió sir Kenneth, la verdad os diré, como si me hallase á los pies del confesor. En una capilla subterránea á que me condujo el santo anacoreta, vi á unas damas que adoraban la mas sagrada de las reliquias; pero como no vi sus rostros, ni oí sus voces, salvo en los himnos que cantaban, no puedo decir á vuestra real magestad si estaba entre ellas la reina mi señora.

— ¿Y no habia entre ellas alguna que tú conoces? preguntó el rey.

Sir Kenneth no respondió.

— Lo que te pregunto, dijo Ricardo, apoyando el codo en la almohada, como caballero, y soldado, y tu respuesta me hará conocer si estos títulos mereces, es si conoces á alguna de esas damas que en la capilla de Engaddi has visto.

— Señor, respondió turbado sir Kenneth, creo que sí.

— Y yo tambien lo creo, dijo Ricardo, con voz alterada, y ceñudo sobrecejo, mas basta por hoy. Leopardo eres; guárdate de provocar la garra del Leon. Enamorarse de la luna, es desvarío; lanzarse á ella desde los bastiones de un castillo, es muerte y perdicion.

En este instante se oyó algun ruido en la antecámara del rey, el cual, mudando de aspecto, y suavizando la voz. Anda, dijo, en busca de De Vaux, y de ese doctor árabe que Saladino me envia. Mi vida está en manos del soldan, abjure su falsa ley, y yo le ayudaré con todo el vigor de mi brazo á arrojar de sus dominios esa turba francesa y austriaca, y tan bien gobernada estará asi la Palestina, como en tiempo de sus antiguos reyes, ungidos por decreto especial del cielo.

Retiróse el caballero del Leopardo, á tiempo que el gentilhombre de guardia entró en la cámara del rey, y anunció una diputacion del consejo, que venia á presentarse al monarca de Inglaterra.



— ¿Quiénes son los embajadores? preguntó Ricardo.

— El gran maestre de los templarios respondió el gentilhombre, y el marques de Monserrate.

— Francia no gusta de visitar enfermos, dijo el rey: mas Ricardo no se hubiera separado de la cabecera de Felipe á verse este en la misma situacion. Jocelyn, arregla esta colcha, que parece un mar en borrasca; dame ese espejo de acero; pásame un peine por el cabello y por la barba, que parecen melenas de leon; tráeme agua.

— Señor, dijo temblando el gentilhombre, los médicos han prohibido á vuestra magestad el uso de agua fria.

— Confúndalos Barrabas, exclamó Ricardo, ya que no pueden curarme, que no me atormenten á lo menos.

El gentilhombre obedeció; y el rey, despues de haberse lavado, entren, dijo, esos embajadores, no dirán ahora que la enfermedad ha hecho á Ricardo descuidado en su persona.

El célebre maestre de los templarios era de alta estatura, flaco, de aspecto duro y guerrero, sombrío aunque penetrante en sus miradas, y su poblado entrecejo indicaba, en su espesa oscuridad, los tenebrosos proyectos é intrincadas maquinaciones que en su cabeza se anidaban. Colocado al frente de aquella órden extraña y equívoca, en que los individuos no eran nada, siendo tan poderoso y terrible su conjunto, solo pensaba, y solo promovía sus propios intereses y ventajas, aun á expensas y con sacrificio de la religion, que el cuerpo entero habia jurado sostener, con las armas en la mano. Aunque sacerdote cristiano, acusábanle generalmente de heregía y nigromancia; y aunque obligado por sus votos á proteger, y rescatar el santo sepulcro, sospechábase en todo el ejército que tenia secretas inteligencias y liga con el soldan. El carácter personal del gran maestre, era, como su órden, un enigma que nadie podia entender, y en que nadie osaba penetrar. Su traje era el manto blanco de que los



templarios usaban en las ocasiones solemnes, y llevaba en la mano el *abacus*, ó báculo simbólico de su ministerio, cuya peculiar hechura habia dado lugar á las conjeturas mas singulares, puesto que no faltaba quien creyese que esta órden de caballeros cristianos respetaba los mas absurdos misterios del paganismo.

El exterior de Conrado de Monserrate era mucho mas galan y agradable que el del tétrico y misterioso personage que le acompañaba. Era de bello parecer, de mediana edad, aunque tirando mas bien á la vejez; valiente en campaña, sensato en el consejo, y alegre y cortés en tiempo de solaz y de fiesta; mas, se le echaba en cara la versatilidad de sus opiniones, su mezquino y ambicioso egoismo, sus ocultos deseos de extender el territorio de su principado, á expensas del reino Latino de Palestina, y las negociaciones privadas que habia entablado con Saladino, á fin de alcanzar el término de su política en daño de toda la liga cristiana.

Hechos por estos dos magnates los saludos

de estilo, y cortesmente devueltos por el rey Ricardo, el marques de Monserrate empezó á exponer los motivos de aquella visita, diciendo que eran enviados al real pabellon, por los reyes y príncipes que componian el consejo de la cruzada, los cuales deseaban con ansia tener noticias de la salud de su magnánimo aliado, el valiente rey de Inglaterra.

— Me consta, respondió el rey, el afectuoso interes con que los reyes y príncipes del consejo miran el estado de mi salud, y aun por esto me hago cargo de lo mucho que habrán padecido estos catorce últimos dias, durante los cuales han tenido á bien comprimir los movimientos de su curiosidad, temerosos sin duda de agravar mi padecer con las demostraciones de su inquietud.

Esta respuesta detuvo el torrente de la elocuencia del marques, y le dejó algun tanto confuso. Su torvo compañero tomó el hilo del discurso, y con toda la sequedad y grave laconismo que el respeto permitia delante de un monarca, dió parte al rey de

que venian diputados por el consejo, para rogarle en nombre de la cristiandad, no pudiese su preciosa salud en manos de aquel físico infiel, enviado por Saladino, ínterin el consejo, por las medidas que para ello habia tomado, no confirmase ó removiese las sospechas que, en sentir de todos sus ilustres miembros, debian excitar tan no vistas ocurrencias.

— Gran maestro de la santa y valiente orden de los caballeros del Templo, y vos, muy noble marques de Monserrate, respondió el monarca, si teneis á bien retiraros en la inmediata antecámara, pronto seréis testigos del aprecio en que tengo la esmerada benevolencia de nuestros altos y reales hermanos, y compañeros en esta santa guerra.

El marques y el gran maestro se retiraron y no habian estado muchos minutos en la antecámara, cuando vieron entrar al médico sarraceno, en compañía del baron de Gilsland, y de sir Kenneth el del Leopardo. El baron entró algo despues que los otros dos,

por haberse detenido en la puerta, á dar algunas órdenes á los guardias.

El Arabe hizo al entrar una profunda reverencia á estilo oriental, dirigiéndola al gran maestro y al marques, cuyas altas dignidades se echaban de ver en sus ropages é insignias. El gran maestro devolvió el saludo con desdeñosa frialdad, y el marques con aquella afable cortesía, que practicaba con toda clase de gentes, sin distincion de gerarquía ni clase. A esta introduccion siguió una breve pausa; porque el Escoces, aguardando la llegada de De Vaux, no osaba de su propia autoridad pasar adelante ni introducirse en la cámara del rey; en cuyo intervalo, el grand maestro, dirigiéndose gravemente al musulman: — Infiel, le dijo, ¿tienes ánimo bastante para practicar el arte que profesas, en la persona de un soberano ungido, gefe de las huestes cristianas?

— El sol de Alá, respondió El Hakim, da sus rayos al Nazareno, como al verdadero creyente, y su servidor no distingue entre uno y otro, cuando es llamado á ejercer el



precioso arte que posee, de dar la salud.

— Deslumbrado Hakim, continuó el templario, ó como quiera que te llames, ¿sabes que si el rey de Inglaterra muere á efecto de tus drogas, sera dividido tu cuerpo por cuatro caballos indómitos?

— Injusta seria tamaña crueldad, respondió el sabio, puesto que solo me es dado usar de medios humanos, y que el éxito está escrito en el libro de la luz.

-- Considerad, reverendo y valiente granmaestre, dijo el de Monserrate, que este sabio no está enterado en las obligaciones de nuestra orden de caballería, fundada en el temor de Dios, y para defensa de sus ungidos. Ten entendido, grave doctor, de cuyo saber no dudamos, que el medio mas sensato que debes adoptar, es comparecer ante el ilustre consejo de nuestra santa liga, y dar cuenta en él, y en presencia de los sabios y eruditos médicos que designe, de los métodos y prácticas de que piensas hacer uso en la cura de este alto y potente monarca; no de otro modo podrás evitar el peligro que te amenaza, si

temerariamente tomas á tu solo cargo, y bajo tu responsabilidad materia de tanto peso y consecuencia.

— Magníficos señores, dijo El Hakim, comprendo el objeto de vuestra proposición. Sabed empero que la ciencia tiene campeonnes, como la milicia, y mártires como la religion qui profesais. Yo vengo mandado por mi soberano, el soldan Saladino, para curar á este rey nazareno, y con la bendición del profeta, su precepto será obedecido. Si no acierto, espadas llevais sedientas de sangre de los verdaderos creyentes, y yo presentaré el pecho á vuestros golpes. Mas en ningun caso me reduciréis á razonar con un incircunciso sobre la virtud de las medicinas de que he adquirido conocimiento, por la gracia del profeta, y os ruego por tanto, no me pongais demora, ni retardeis el ejercicio de mi ministerio.

— ¿Quién habla de demoras y detenciones, preguntó el baron? que á la sazón entraba apresuradamente en la antecámara: demasiadas demoras ha habido. Dios os guar-  
3.



de, marques de Monserrate, y á vos, valiente gran maestre, y perdonad que no me detenga, pues antes que todo es introducir este sabio musulman á la cámara de mi amo.

— Milor, dijo el marques, en lengua normanda, ¿sabeis que venimos de parte del consejo de los reyes y príncipes de la cruzada, á representar contra la determinacion de confiar á un físico infiel y desconocido, la importante salud de vuestro amo el rey Ricardo?

— Noble marques, respondió con prontitud sir Tomas, ni puedo detenerme á perder el tiempo en palabras, ni gusto mucho de conversacion; ademas de lo cual, estoy mucho mas dispuesto á creer lo que ven mis propios ojos, que lo que oyen mis oidos. Estoy satisfecho y convencido de que este pagano puede curar el mal de Ricardo, y creo, y confío en que hará cuanto de su parte esté. El tiempo es precioso. Si el mismo Mahoma, á quien Dios maldiga, se hallara á la puerta de la tienda, con el mismo loable intento que el de este Adonebec el Hakim,

pecado seria detenerle un solo minuto : con que, bésoos las manos, y vamos á lo que importa.

— El rey mismo, repuso el de Monserrate, quiere que estemos presentes, cuando este físico entre á asistirle.

El baron habló á parte con el gentilhombre, sin duda para averiguar la verdad del caso. Despues volvió á dirigirse á los dos diputados del consejo, y les dijo : — Señores, si asi os agrada, seréis bien recibidos en la cámara de mi amo, pero sea en la inteligencia de que todo el que interrumpa de accion ó de palabra á este sabio físico en el cumplimiento de su deber, sa'drá de la tienda, arrojado por mi mano, sin consideracion alguna á empleo ó gerarquía; porque digo y repito que estoy satisfecho de la virtud de sus medicinas, y que si se negara á tomarlas el rey, por la virgen del monte Carmelo nos veriamos las caras, y tendria que tomarlas, mal que le pesase. Vamos adentro El Hakim.

Dijo estas últimas palabras en lengua fran-

ca, y el físico obedeció sin detenerse. El gran maestro frunció el gesto, al ver la poca ceremonia del baron, pero miró al marques, y desarrugó en cuanto pudo la frente. Los dos siguieron á sir Tomas y al Sarraceno al aposento en que Ricardo aguardaba á este, con la impaciencia que todo enfermo experimenta en casos semejantes. Sir Kenneth, cuya presencia no habia sido requerida, mas á quien no se habia negado la entrada, creyó que en las circunstancias en que se hallaba, era de su deber seguir los pasos de El Hakim; pero conociendo la inferioridad de su gerarquía, se mantuvo respetuosamente en un rincón de la cámara.

Ricardo, al ver entrar esta comitiva, dió rienda suelta á su natural franqueza y locuacidad, dirigiendo sucesivamente la palabra á cada uno de los que entraron. Mis nobles aliados, dijo á los diputados del consejo, yo os saludo como á representantes de la liga cristiana; pronto estará Ricardo á vuestro lado en el campo del honor, si no van antes á la tierra los despojos de su humanidad. De

Vaux, viva ó muera tu amo, recibe el testimonio de su gratitud. ¿Quién es ese otro, que mis ojos tuabados por la fiebre no pueden distinguir? ¡Ah sir Kenneth! ¡El que quiere subir al cielo sin escalera! Sea igualmente bien venido. Vamos, señor Hakim, manos á la obra.

El físico, que de antemano se habia informado de los síntomas varios que habia presentado la enfermedad del rey, le tomó el pulso, y le estuvo observando largo rato con la mayor atencion, en tanto que permanecian suspensos todos los asistentes, callados, y fijas las miradas en el doctor y en el paciente. El sabio dejó el pulso, llenó una copa de agua fresca, introdujo en ella la bolsa de que habia hecho uso en la cura del escudero, y cuando creyó que estaba preparado el remedio, presentó la copa al monarca, el cual detuvo su movimiento, diciéndole: Aguarda un poco; tú me has tomado el pulso, y yo voy ahora á tomar el tuyo, que tambien entiendo algo de medicina, como todo buen caballero.

El Arabe presentó el puño sin vacilar, y el rey tomó en sus anchas y nervudas manos, las sùtiles y delicadas del Sarraceno.

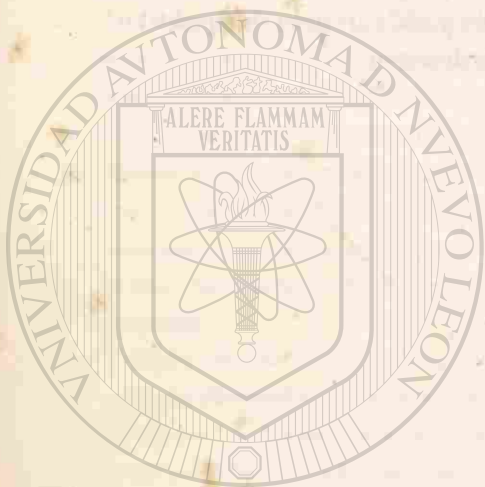
— Su sangre late tan plácidamente como la de un niño, dijo Ricardo, no late así la del que va á emponzoñar á un príncipe. De Vaux, que viva ó que muera, despide á El Hakim con honor y seguridad. Amigo, mil cosas de mi parte al noble Saladino. Si muero no muero sospechando su buena fe; si vivo, le daré las gracias como á un guerrero corresponde.

Dicho esto se sentó en la cama, tomó la copa de manos del físico, y encarándose con el marques y el gran maestro: Oid, les dijo, estas palabras, y repetidlas despues bebiendo un vaso de vino de Chipre: « al honor inmortal del primer caballero cruzado que clave espada ó lanza en las puertas de Jerusalem: á la ignominia y eterna infamia de cualquiera que vuelva la espalda al arado en que ha puesto la mano. »

Apuró la copa, la devolvió al Arabe, y se dejó caer en los almohadones. El físico en-

tonces, en señas mudas pero expresivas, dió á entender que todos debian retirarse menos él y sir Tomas, á quien ninguna fuerza humana hubiera podido arrancar de aquel sitio. Todos le obedecieron.





# UANI

## CAPITULO III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES

El marques de Monserrate y el gran maestre de los caballeros templarios, se pararon á la salida del pabellon del rey, en que habían sido testigos de aquella extraña escena, y estuvieron contemplando el vasto círculo que formaban en torno de la tienda las guar-

®

días del rey, para que nadie se acercase ni turbase su reposo. Los soldados parecían tristes, abatidos y taciturnos, y con tal precaucion andaban, que aunque eran muchos, y todos estaban armados, no se dejaba oír el menor ruido de espada ni broquel. Al pasar por las filas aquellos dos maguates, los soldados inclinaron las armas, en señal de honor y reverencia, mas sin interrumpir el silencio que reinaba en todo aquel circuito.

— Gran mudanza se nota entre estos perros isleños, dijo el templario al de Monserrate, cuando se vió á alguna distancia de la tropa. ¿Qué tumulto y qué algazara solian haber antes en las cercenías de este pabellon! Los unos jugaban á la barra, los otros á los bolos; estos luchaban, aquellos entonaban trovas y apuraban tragos de vino, como si el campamento fuera una feria, y la tienda de su soberano una taberna de las muchas que hay á las orillas del Támesis.

— Los mastines son animales fieles, repuso el de Monserrate, y el rey su amo se ha grangeado su afecto permitiéndoles esos desaho-

gos y pasatiempos, que tan del gusto son de la gente de aquel pais.

— De buen humor está Ricardo, continuó el gran maestro, y no parece que ha hecho gran mella en su índole la enfermedad. ¿No tasteis aquel brindis al tomar la copa? Mas hubiera convenido en tales circunstancias encomendar el alma á Dios, y decir el *Miserere*.

— El último trago de su vida fuera aquel, dijo el de Monserrate, si Saladino fuera otra especie de Turco. Pero no todos los que llevan turbante y se vuelven á la Meca, cuando grita el Muzzeim, son de la misma ralea. El soldan la echa de fiel, de honrado y generoso, como si fueran propias de un perro pagano las virtudes de un caballero que ha tenido la dicha de recibir las aguas del bautismo. ¿Sabéis las voces que por ahí corren? Que Saladino ha escrito á Ricardo pidiéndole que le dé la pescozada de caballero,

— Por san Bernardo, exclamó el del Templo, seria cosa de descalzar las espuelas, desceñir la aspada y borrar nuestros timbres, si

se diera el mas alto honor de la cristiandad á un Turco de diez sueldos.

— En poco apreciáis al soldan de Egipto, dijo Conrado, aunque si ha de decirse la verdad, mejores los he visto yo vender por cuatro sueldos en la mazmorra.

Iban en esta conversacion cuando llegaron á sus caballos que habian quedado á cierta distancia de la tienda del rey, en manos de un vistoso y lucido acompañamiento de escuderos y pages. Conrado, despues de haberse detenido un poco: — El viento de la tarde, dijo, sopla benignamente, y refresca los aires. ¿No será mejor gozar de sus alitos, y dirigirnos á pie hácia nuestrs tiendas por en medio de las líneas del campamento? Convino en esta proposicion el gran maestro, y despedidos los caballos y acompñamiento, los dos diputados del consejo echaron á andar, alejándose, como por mutuo consentimiento de los puntos mas habitados, y encaminándose á la ancha esplanada que mediaba entre las tiendas y las defensas exteriores, donde podian hablar con mas des-

ahogo, y sin ser vistos de nadie, salvo de las centinelas.

Al principio conversaron de asuntos militares y de preparativos de defensa; mas estas materias no excitaban sobradamente su interes, y muy en breve las dejaron. Despues de haber dado algunos pasos en silencio, el marques se detuvo de pronto, como si hubiera formado una grave resolucion, y fijando por algnos momentos sus ojos en los cavilosos y hundidos del maestro: — Quisiera preguntaros, le dijo, reverendo Gil Amaury, si en esto no ofendo vuestro honor ni vuestra virtud, cuando llegará el dia en que os despojeis, para conmigo, de todo doblez y disimulo, y hablemos los dos como amigos, y segun suele decirse, con el corazon en las manos.

El templario miró al marques, se sonrió, y continuó andando.

— El doblez y el disimulo, dijo al fin, no solo se ocultan bajo un rostro ceñudo y desapacible: tambien suelen servirles de máscara la jovialidad y la sonrisa.



— Sea en buen hora, dijo el marques agarrándose la barba, y haciendo el ademan de quitarse una mascarilla; ya me teneis aquí como Dios me crió. ¿Qué pensais del éxito de esta cruzada, con respecto á los intereses de vuestra orden?

— Eso se llama, respondió el gran maestre, querer arrancar mi velo, y conservar el que os cubre: voy sin embargo á responderos con una parábola, que me refirió en cierta ocasion un santón de esos desiertos. Un labrador pedia lluvia á los cielos, y murmuraba cuando no caía bastante. Para castigar su impaciencia, Ala, como decia el santón, envió el Eufrates á sus sembrados, y de este modo perdió todo el fruto de sus sudores, consiguiendo aquello que con tanta ansia habia pedido.

— Verdad habló el musulman, dijo el marques, y ¡pluguiese al cielo que hubiera tragado el océano las nueve décimas partes del armamento de estos príncipes! Lo que quedase, bastaria para llevar adelante el propósito de los cristianos nobles de Pales-

tina, pobres restos del reino Latino de Jerusalem. Nosotros solo hubieramos salvado la nao de la borrasca, y con moderados auxilios de soldados y dinero, hubiéramos obligado á Saladino á darnos paz y proteccion en honrosos términos. Mas ahora los peligros con que le amenaza este enjambre de tercios y escuadrones, le obligarán á echar mano de los últimos recursos; y si escapa con vida y con trono, no es probable que nos deje en posesion de estos principados de Siria, ni que sufra estas ligas y pactos militares, de las que tanto descalabro ha recibido.

— ¡Y si lo contrario sucede! dijo el templario. ¡Y si esos aventureros logran al fin volver á plantar la cruz en los baluartes de Sion!

— ¿Y qué sacarán de ello la orden de los Templarios, y Conrado de Monserrate? preguntó este con prontitud y mal humor.

— Conrado de Monserrate, dijo el gran maestre, puede llegar á ser rey de Jerusalem.

— Cosas hay, dijo Conrado, que suenan mucho, y estan huecas. El reino de Jerusalem da mas honra que provecho, y bien hubiera podido Gofredo de Bonillon tomar la corona de espinas, por emblema de su dignidad. Os confieso, gran maestre, que voy cobrando aficion á estos gobiernos de Oriente, porque veo en ellos la verdadera y castiza monarquía, que no debe constar sino de rey y vasallos; pastor y rebaño que es lo mas natural y sencillo. Ved cuan intrincada y artificial es esta cadena de eslabones feudales. Por lo que á mí toca, mas quisiera empuñar con mano firme y suelta el baston de mi pobre marquesado, que el cetro de una vasta monarquía, sujeto y sometido á la voluntad de todos esos barones feudales, tan envidiosos y altivos, que han partido entre sí, como bolsa de caminante, la tierra de Jerusalem. Un rey debe proceder á sus anchas, sin tropezar aquí con un foso, y allí con una cerca; ora con un privilegio feudal, ora con un baron armado de pies á cabeza para defenderle. En una palabra, y

hablando sin rodeos, si Ricardo se recobra, y toma parte en la eleccion, Guido de Lusignan será el preferido, y yo me quedaré tan marques de Monserrate como ahora lo soy.

— Bastante habeis dicho, contestó el gran maestre, para convencerme de vuestra sinceridad. Otros muchos piensan como vos, mas pocos son los que se atreven á confesar francamente que no apetecen el restablecimiento del reino de Jerusalem, sino mas bien apoderarse de alguno de sus fragmentos. Son como el bárbaro isleño que salva la nao de la tormenta, para enriquecerse con los despojos de los náufragos.

— ¿Seréis capaz de venderme? preguntó el de Monserrate, mirando fijamente al gran maestre. Tened entendido que no acostumbro dar mi confianza al primero que se presenta, y que mis brazos estan siempre apertados á dar apoyo á mis intentos. Podeis oponeros, si asi os agrada, al que acabo de descubrirlos; mas yo no temo entrar en lid con el mejor caballero templario que puso jamas lanza en ristre.



— Violento sois, dijo el gran maestro, y precipitado en demasía; yo os juro sin embargo por el santo templo que mi orden ha jurado defender.

— ¿Cuál templo entendeis? preguntó Conrado, interrumpiendo al gran maestro, y dejándose llevar del humor satírico, que muchas veces tenía mas fuerza en él que la política y la discreción.

— ¿Jurais por el que está en las montañas de Sion, ó por ese otro edificio emblemático y simbólico, de que tanto hablais vosotros, segun por ahí dicen, en las secretas bóvedas donde os reunís en conciliábulo, y que no parece ser otra cosa que el engrandecimiento y prosperidad de vuestra santa y valiente orden?

El templario reprimió la cólera que estas palabras del marques engendraron en su corazón; pero recobrándose inmediatamente: — Cualquiera que sea, dijo, el templo á que mi juramento se refiere, es sagrado e inviolable. Holgárame de poder ligarte con alguno de tanta fuerza y valor.

— Y yo te juro verdad y confianza, dijo Conrado, por la corona de marques, que espero convertir, antes que estas guerras terminen, en otra de mas precio y autoridad, que en verdad es peso sobrado ligero para mis sienes, y la ducal me convendría mucho, y me guareceria mejor de estos huracanes y torbellinos que andan, aunque no tanto como la diadema real, con su forro de armiño y terciopelo. En una palabra, nuestros intereses son comunes; porque si estos príncipes aliados se apoderan de Jerusalem, y colocan en aquel trono un monarca de su eleccion, no creais, gran maestro, que mi marquesado quedará mas expuesto que vuestra orden á perder para siempre su independencia. No por cierto. Los orgullosos caballeros de San Juan irán á poner emplastos, y á curar heridas en los hospitales, y vosotros, poderosos y venerables caballeros del Templo, os reduciréis á vuestra simple condicion de soldados; á dormir tres en el mismo tablado, y á montar dos en el mismo caballo, como lo haciais en los primeros



tiempos de vuestra fundacion, segun lo manifiesta todavia el escudo de vuestras armas.

— Tarde será, dijo con altanería el gran maestre, cuando venga á tal abatimiento una órden que tantos privilegios, y tesoros, y timbres posee en el dia.

— De poco os aprovecharian esas ventajas, repuso Conrado de Monserrate; ellas son al contrario las que excitarian los recelos de estos soberanos: y las que los inducirian á humillaros y destruirlos, como ya lo habrian hecho, á no ser por la proteccion que el santo padre os dispensa, y por la falta que harian vuestros socorros al ejército de la cruzada. Salgan triunfantes en su empeño, y seréis aniquilados, como la lanza que se rompe contra un broquel de acero.

— No carece de fundamento vuestro discurso, dijo el templario, pero ¿cuáles serian nuestras comunes esperanzas si retirasen sus fuerzas los monarcas, y dejasen la Tierra Santa en manos de Saladino?

— Grandes y seguras, respondió el de

Monserrate. Saladino daria grandes provincias por tener á su devocion un cuerpo escogido de lanceros francos. Egipto y Persia enviarian tropas auxiliares, que, unidas á su caballería ligera, bastarian á asegurar la superioridad, en caso de guerra. Seriamos tributarios y dependientes, mas no por largo tiempo; porque los imperios de Oriente nacen y perecen, como los hongos en el bosque, y muerto el soldan, todo podria mudar de aspecto. Llegado este caso y fortalecidos nosotros con frecuentes refuerzos de arrojados caballeros; libres, en fin, de la tutela de estos monarcas, que tanta sombra nos hace y en tan humilde vasallage nos tiene, ¿á qué no podriamos aspirar, y qué no podriamos emprender? ¿Y no vale mas esta perspectiva que la degradacion y avasallamiento que nos aguarda, si logran lo que desean, y llegan á apoderarse de la santa ciudad?

— Decis bien, noble marques de Monserrate, dijo el gran maestre; mi corazon repite el eco de vuestras palabras. Cautela,

sobre todo : Felipe de Francia es tan cuerdo como animoso.

— Sí, por cierto, contestó el marques, y no será difícil arrancarle y distraerle de esta expedición, en que se ha empeñado temerariamente en un raptó de entusiasmo, ó por dar gusto á sus caballeros y nobles. Felipe mira con recelo á su natural enemigo Ricardo, y el campo de su ambición está mas cerca del Sena que del Jordan. Cualquier pretexto le bastará para retirarse de esta escena, en que ya conoce que se está debilitando y consumiendo la flor de sus tropas.

— ¿Y el duque de Austria? preguntó el templario.

— Tocante al duque, respondió Conrado, su presuncion y locura le conducirán al término que Felipe abrazará por política y sabiduría. Figúrasele, y plegue á Dios no se desengañe, que está desairado y tratado con injusto menosprecio, porque los loores de Ricardo andan en bocas de todos, y aun hasta en las de los yuglares y músicos que

le han venido acompañando desde Viena. Por esto se huelga tanto en los males del rey de Inglaterra, como el asno de la fábula, que nunca osó mirar de frente al leon, sino cuando le vió en las ansias de la muerte, y entonces le dió de coces. Os hablo con esta libertad y franqueza, solo para mostrarnos la sinceridad con que deseo que esta liga se disuelva, y quede libre el pais de esas huestes del Norte, lo cual no parece tan remoto ni imposible, pues como sabeis y habeis visto, todos los príncipes de influjo y poder, excepto uno solo, estan dispuestos á entrar en tratado con Saladino.

— Lo sé, dijo el gran maestre, y harto ciego seria él que no hubiera penetrado esas intenciones en las últimas pláticas del consejo. Mas ya que tocamos este punto, decidme qué significa la propuesta de enviar mensage á Saladino, por medio de ese Ingles, ó Escoces, ó lo que quiera que sea el del Leopardo.

— En eso hay mas de lo que parece, respondió el Italiano; bástale haber nacido



en Bretaña para poder penetrar las intenciones de Saladino, el cual sabe que es de los tercios de Ricardo, y es natural que lo crea adicto á su persona. Pero el del Leopardo es Escoces y en él se reunen ciertas circunstancias que me son conocidas, y por las cuales Ricardo le mira con malos ojos; por manera que no haya miedo vaya á confiarle, y sobre todo hallándose el rey enfermo, el encargo que se le ha conferido.

— ¡Sutil política por cierto! exclamó el templario; cuerdas mas sólidas que las telas tejidas por araña de Italia, son las que han de aprisionar al Sanson de la isla. ¿No estais viendo que ese enviado, que tan cautamente habeis escogido, es el mismo que trae á Ricardo un médico para que vigorice las lánguidas venas del Leon? Y si llega á erguirse de su postracion actual, ¿quién osará mirarle cara á cara? Le seguiremos como antes, amigo Conrado; la vergüenza nos volverá á poner bajo su yugo, por mas que prefiriésemos seguir al mismo Satanás.

— Si el Sarraceno sabe hacer milagros, repuso el de Monserrate, y logra que por medio de sus ensalmos recobre Ricardo la salud, no será difícil que cuando se levante esté rota la liga para siempre. El Frances y el Austriaco no estan lejos de desavenirse con su aliado el Ingles; y si esto se verifica, Ricardo podrá mandar sus tropas, empero nunca se pondrá á la frente de las de la cruzada.

— Sois buen ballestero, dijo el templario, pero el arco no es tan bueno como las intenciones.

Detúvose al decir estas palabras, écho una inquieta mirada en torno, para ver si alguien los oia, y tomando la mano del marques, y mirándole fijamente en el rostro: — ¡Ricardo, dijo, recobrar la salud!... nunca.

El marques se paró atónito. — ¡Nunca! repitió. ¡Ricardo de Inglaterra! ¡El Corazon de Leon! ¡El caudillo de la cruzada!

— ¿Sabes lo que estoy viendo en tí en este momento? dijo el gran maestre; no ya



al político marques de Monserrate; no al que dirige el consejo de los príncipes, y decide la suerte de los imperios, sino á un aprendiz de nigromancia, que leyendo por acaso el libro de su maestro, pronuncia el conjuro, y queda aterrado cuando el espíritu aparece.

— En verdad, dijo Conrado, que si otro medio mas seguro no se presenta, el que has indicado es el que va mas derechamente á nuestro propósito; pero, por la virgen María, pensemos en las consecuencias. Gil Amaury y Conrado de Monserrate van á ser la maldicion de toda la cristiandad, desde el papa hasta el mendigo que pordioseá á la puerta de la iglesia.

— Si asi lo tomas, dijo el templario, sin alterar la compostura que habia observado durante aquella conversacion, haz cuenta que nada ha pasado entre los dos; que todo esto ha sido un sueño, y que al despertarnos, la vision se ha desvanecido.

— No se borrará jamas de mi memoria, dijo Conrado.

— Haces mal, repuso el templario, mejor es pensar en coronas ducales, y en diademas forradas de terciopelo y armiño.

— Está bien, dijo el de Monserrate, rompamos antes la amistad entre Austria é Inglaterra.

Separáronse al concluir estas palabras, y Conrado permaneció inmóvil, siguiendo con la vista los pasos del gran maestre, hasta que los pliegues de su blanco manto desaparecieron de un todo en las sombras de la noche. Conrado era soberbio, ambicioso, y nada escrupuloso en la eleccion de los medios que á sus intentos podian conducir. Pero al mismo tiempo, gustaba de pasatiempos y deleites, y, como todos aquellos en quienes estas aficiones dominan, miraba con horror que otros padeciesen por su causa, y la crueldad era repugnante á su índole: ademas de lo cual, tomaba muy á pechos todo lo que podia menoscabar su fama, y este esmero suele suplir la falta de las prendas generosas, que son las que verdaderamente sostienen la fama y la reputacion.

— En verdad, se dijo á sí mismo, fijos siempre los ojos en el sitio por donde el gran maestro se habia retirado, en verdad, que he puesto en manos de Luzbel las armas de la venganza. ¡Quién hubiera pensado tamaño arrojó del ascético y piadoso maestro de los Templarios! Su elevacion y su prosperidad se hallan como anegadas y confundidas en la de su orden; y se atreve á mas por efecto de ojeriza, que yo por mi interes y adelanto. Yo no pensaba mas que en desunir, ¡y él quiere cortar!

Tales eran las meditaciones que vagaban en la incierta fantasía del marques de Monserrate, cuando interrumpió su mudo soliloquio una voz que oyó á corta distancia, y que en ecos pausados y penetrantes decia:

« Acordaos del santo sepulcro. »

Esta breve y enfática exhortacion pasó de centinela en centinela, como era costumbre en los campamentos de los ejércitos de la cruzada, siendo su objeto que no se borrara de la memoria de los caballeros el propósito de su expedicion, y la empresa que habian

jurado llevar á cabo. Mas aunque Conrado estaba acostumbrado á aquella formalidad, en la ocasion presente de tal modo se adaptaba á sus reflexiones, que se le figuró oír un aviso del cielo, por cuyo medio la Providencia pronunciaba su anatema contra la iniquidad que estaba meditando. Miró ansiosamente en torno de sí, á guisa del patriarca de los pasados siglos, cuando buscó al carnero oculto entre las matas, para que sirviera de víctima al sacrificio. Mas el holocausto de Conrado no era dirigido al Ser supremo, sino al Moloc de su ambicion. El acaso le ofreció entonces á la vista el estandarte real de Inglaterra, cuyos anchos pliegues pausada y magestuosamente se movian á los leves impulsos del céfiro del ocaso. Estaba plantada aquella noble insignia casi en medio del campamento, sobre una elevacion hecha de mano de hombre, en la cual reposaban quizas los despojos mortales de algun caudillo hebreo. Mas si tal habia sido en efecto su primitivo destino, los tiempos habian borrado su memoria y su

nombre, y los cristianos le habian dado el de monte de San Jorge, porque el estandarte ingles estaba colocado en aquella elevacion, desde la venida de Ricardo, en simbolo de su preeminencia y superioridad, sobre los muchos pendones y banderas de reyes, duques y otros magnates, que se veian tremolados en los puntos inferiores del campamento.

Las mas leves casualidades suelen llevar graves pensamientos, é inspirar firmes resoluciones á los entendimientos vivos y á las almas ardientes. Aquella simple ojeada bastó para disipar del ánimo del marques las incertidumbres con que lidiaba. Encaminóse apresuradamente á su pabellon, y embargadas todas sus ideas por los designios que habia resuelto ejecutar, despidió á la numerosa servidumbre que aguardaba sus ordenes, y se retiró á su aposento, repitiendo en su interior que los medios mas suaves deben preceder á los mas desesperados y violentos.

— Mañana, dijo, me sentaré á la mesa

del archiduque de Austria: veamos lo que puede hacerse por su influjo, antes de adoptar las negras sugeriones del Templario.





# U A N L

## CAPITULO IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Leopoldo, gran duque de Austria, fué el primero de los poseores de aquel vasto país, que subió á la elevada condicion de príncipe. Confiósele el título de gran duque del imperio germánico, en atencion á su inmediato parentesco con el emperador

Enrique el Firme, y su gobierno abrazaba las mas bellas provincias de cuantas baña el Danubio. La historia ha echado un baldon en su carácter, de resultas de un rasgo de violencia y perfidia, que fué ocasionado por estas mismas guerras de Tierra Santa : y con todo, aunque es cierto que hizo prisionero á Ricardo, cuando pasaba disfrazado y sin acompañamiento por sus estados, de vuelta á Inglaterra, esta falsía no procedió de la índole natural de Leopoldo, en quien no eran tan poderosas la ambicion y la tiranía, como la flaqueza y la vanidad. Las cualidades de su ánimo se retrataban en el aspecto de su persona. Era alto, fuerte, hermoso; notable por el color blanco y sonrosado de su rostro, y por la rubia y larga cabellera que le sombreaba: pero tal era el desgarbo de su talante, que parecia no haber en aquella robusta mole suficiente animacion para ponerla en movimiento; asi es, que se le despegaban, y parecian impropias en él las galas mas esplendorosas. No sabia sostener con sus modales la dignidad,

y cuando la ocasion requeria que se presentase con la gravedad análoga á aquel carácter, se creia obligado á recobrar, con gestos y expresiones de desatinada violencia, el respeto que no habia sabido grangearse de otro modo.

No solo eran conocidas estas imperfecciones á todos los que le rodeaban, sino que él mismo adquiria á veces el íntimo convencimiento de su incapacidad, y de la poca armonía que reinaba entre sus disposiciones naturales, y el puesto en que se hallaba colocado, y de aquí resultaba la continua sospecha de que los otros le miraban con desprecio y burla.

Cuando por primera vez se agregó, circundado de un numeroso acompañamiento, á las huestes de la cruzada, su principal deseo fué atraerse el afecto y la intimidad de Ricardo, y los pasos que dió para conseguirlo fueron tales, que el rey de Inglaterra no pudo negarse á sus obsequios y atenciones. Mas el archiduque, aunque no carecia de valor personal, era tan inferior á

Corazon de Leon en audacia, y sed de peligros y batallas, que el monarca empezó á darle muy en breve pruebas nada equívocas de desvío. Ricardo, como todos los príncipes normandos, era notable por su sobriedad y templanza, y despreciaba la afición de Leopoldo á los excesos de la gula, y mucho mas su habitual propension al vino. Por estas y otras razones, el rey de Inglaterra no tardó en mirar al príncipe austriaco, como indigno de su estima y confianza, lo que le denotó tan claramente en repetidas ocasiones, que Leopoldo lo echó de ver, convirtiendo su antigua afición en encarnizada ojeriza. Mantúvose paliada la discordia entre aquellos príncipes, merced á la sagacidad y secreta política de Felipe de Francia, monarca sagacísimo y disimulado, que amedrentado por el carácter violento de Ricardo, considerándose como su natural antagonista, y deseoso de debilitar su influjo, procuraba traer á su devoción los otros caudillos de la liga y contrarestar de este modo la preponderancia del rey de Ingla-

terra; el cual, aunque debía cierta subordinación á la Francia, por tener algunos estados en su territorio, lejos de manifestarse condescendiente y sumiso, obraba en los negocios de la cruzada con absoluta independencia y supremacía, que Felipe calificaba de ilegal usurpación. Tal era la situación del archiduque, tales las disposiciones de su ánimo, cuando Conrado de Monserrate se decidió á echar mano de las artes de la perfidia, para disolver los vínculos que unian al ejército cristiano, y romper de una vez, si podía, la alianza de los príncipes que le capitaneaban.

La hora que escogió para visitar á Leopoldo fué la de mediodía, y el pretexto, el de hacerle un regalo de ciertas barricas de vino de Chipre que habian caído en sus manos, y razonar, como hombre inteligente, sobre el mérito comparativo de aquel, y el de los vinos del Rin y Hungría. Semejante oferta fué graciosamente acogida por el magnate tudesco, y correspondida con la urbana proposición de participar del banquete



del archiduque; aceptada la cual, nada omitió este para dar esplendor á la fiesta. Mas en ella, el delicado gusto del Italiano echó de ver mas profusion que delicadeza; mas magnificencia que finura, y mas empeño en cargar la mesa con voluminosos manjares, que en lisonjear los ojos y el apetito.

Los Alemanes poseian aun aquel espíritu denodado y guerrero con que sus abuelos domearon la altivez de Roma, pero al mismo tiempo conservaban su inculta y tosca barbarie. No observaban las prácticas y principios de la caballeria con aquel esmero y puntualidad que se notaba en los caballeros franceses é ingleses; ni se arreglaban á los usos de civilidad y cortesía que se miraban entonces como el último grado de la cultura de los pueblos. Conrado, en la mesa del archiduque, aunque aturdido por la algazara de los Teutones, tan impropias de la mesa de un príncipe, se divertia en observar aquellas extrañas costumbres, nuevas y peregrinas á los ojos de un habitante de la suave Italia. No menos curiosas le pa-

recian las crecidas barbas de los nobles austriacos, y las cortas ropillas de que usaban, matizadas de diversos colores, y cubiertas de alamares y bordados; cosas nunca vistas en las naciones occidentales de Europa.

Los innumerables criados, viejos y jóvenes, que servian el banquete, tomaban parte, de cuando en cuando, en la conversacion de los huéspedes, de quienes recibian los restos de los manjares, que allí mismo, y sin la menor ceremonia devoraban. Habia tambien gran número de músicos, enanos y bufones, á quienes se daba mas libertad que la que permitia la dignidad de los concurrentes, y como no se les escaseaba el vino, que con la mayor profusion se distribuia en todos los puntos de la sala, resultaba de todo insufrible tumulto y vocería.

Al mismo tiempo, y mientras la confusion y el bullicio denotaban mas bien una taverna de Alemania, en dia de feria, que el pabellon de un príncipe soberano, los gentileshombres y camareros del archiduque le ser-

vian con el mas escrupuloso ceremonial, en lo que se conocia el empeño de este en mantener rígidamente las formalidades palaciegas que su elevada condicion exigia. Sus pages, que eran mancebos de nobles familias, le presentaban de rodillas la comida, en bajilla de plata, y en anchas copas de oro, el vino del Rin, y de Tokai. Cubria sus espaldas un espléndido manto ducal, forrado de costosas pieles de armiño; lucia en su cabeza una corona, tan cargada de brillantes joyeles, como la diadema del mas opulento monarca, y sus pies se apoyaban en un voluminoso banco de plata maciza. A pesar de este ostentoso aparato, y de los deseos de Leopoldo de cortejar al marques, á quien habia colocado á su mano derecha, solo prestaba oidos á la conversacion de su *Spruchsprecher*, título que, traducido literalmente, significa *decidor de dichos*, y que representaba una dignidad ó empleo, únicamente conocido en la corte de Viena.

Este personaje estaba en pie detras del sillón del archiduque. Usaba un ropage de ter-

ciopelo negro, bordado con monedas de oro y plata, en memoria de los dones que habia recibido de varios soberanos. Llevaba en la mano un báculo, en que estaban engastadas otras monedas, á manera de aros ó anillos, y el ruido que hacia con este instrumento, agitándole á uno y otro lado, indicaba que pedia silencio á los asistentes, para decir alguna ocurrencia, que él juzgaba digna de atencion. Su ministerio en la servidumbre del archiduque rayaba en el de bufon y consejero, pues unas veces adulaba como un cortesano, otras declamaba como orador ó poeta, y siempre á gusto y satisfaccion de Leopoldo, en términos que para cautivarse las gracias de este, era necesario contar con el apoyo del decidor.

A su lado, y para variar la diversion de los convidados y del archiduque, estaba el bufon de la corte, llamado Jonas Schwanker, el cual hacia casi tanto estrépito con su gorra de cascabeles, como el decidor con su sonaja.

Estos dos sugetos entretenian alternativa-



mente á la concurrencia con sus desatinos serios y jocosos; en tanto que el archiduque se reía del uno y admiraba al otro, sin perder de vista á su noble huésped, como para conocer la impresion que le hacían aquellas muestras del ingenio y de la elocuencia de los Austriacos. No es fácil decidir cuál de los dos contribuía mas eficazmente al recreo de los convidados, ni cuál era aquel á quien daba la preferencia Leopoldo; lo cierto es que cuanto salía de la boca de uno y otro era recibido generalmente con los mas ruidosos aplausos. A veces solian rivalizar en la conversacion, y disputárselas á quien charlabá mas de recio y mas aprisa; mas esta emulacion no alteraba la buena armonía que reinaba entre ellos, la que se echaba de ver cuando el decidior explicaba con una glosa campanuda los chistes de su compañero, para que todos los entendiesen; y el bufon en cambio ponía risibles comentarios, y ridiculizaba en trovas burlescas los graves documentos y eternas frases de su competidor y amigo.

Conrado entre tanto, disimulando cuida-

dosamente la opinion que de aquel espectáculo formaba, ponía su mayor esmero en mostrarse contento y satisfecho, aplaudiendo con tanto vigor como el mismo archiduque, las salidas de aquellos parlanchines. Mas no perdía de vista la ocasion que uno de los dos le ofreciese de sacar una conversacion favorable á sus miras. Tal era el proyecto que habia formado para dar principio á su plan de operaciones.

No tardó mucho el bufon en aludir á la persona y á la familia de Ricardo, hablando de Dickon el escobero, personage medio histórico, medio fabuloso, que era comunmente el asunto inagotable de sus dicharazos. Del escobero pasó á las escobas, y de las escobas á las retamas, de que ordinariamente se hacen en Alemania. — La retama, dijo el marques, encarándose al decidior, es el timbre de la familia de Plantagenet, de la cual desciende Ricardo Corazon de Leon.

— La retama, dijo el de la sonaja, es simbolo de humildad, y bien debieran tener presente el emblema los que le llevan en su escudo de armas.



—Honremos, dijo el marques, á quien debe ser honrado. Todos hemos tenido parte en las batallas y peligros de esta guerra, y todos deben tener parte en los himnos y en los loores. Salga alguno de los que profesan la gava-ciencia, y cante, como se merece, los altos hechos de Leopoldo de Austria.

Al oír estas palabras se presentaron en medio del salón tres trovadores con sus harpas. El decidor, despues de haber discurrido largamente sobre la dificultad del asunto, concedió la palabra á uno de ellos, el cual, despues de haber templado el instrumento, cantó en aleman:

Prez al valiente caudillo,  
Que de las cruzadas huestes,  
Por la senda de la gloria,  
Los pasos dirige y mueve.

El decidor interrumpió con el estrépito de su báculo al cantor, para explicar á los convidados, por sí no lo habian entendido, que el valiente caudillo á quien aludia la copla, no era ni podia ser otro que su dueño y se-

ñor el archiduque de Austria: comentario que fué recibido por la asamblea con un brándis general, á la salud del valiente caudillo Leopoldo. El cantor siguió su romance:

¿Porqué del Austria se encumbran  
Las glorias y las banderas?  
¿Porqué el águila atrevida  
Sobre los montes se eleva?

— El águila, dijo el del báculo, es el emblema de nuestro noble señor el archiduque, y es el ave que mas alto vuela en las regiones del aire.

— ¿Y vuela tambien, preguntó Conrado, cuando le echa las garras el leon?

El archiduque, centelleando de cólera, miró fijamente á su charlatan de cámara, el cual, despues de haber reflexionado algun tiempo, respondió enfática y gravadosamente:

— El noble marques me perdone si le advierto que ha cometido una distraccion. El leon no puede echar las garras á la reina de las aves, porque la naturaleza no le ha dado alas para volar.

— ¡Y el León de San Marcos! preguntó el bufon.

— El leon con alas, dijo el sabio, es el símbolo de la república de Venecia; de aquellos animales anfibios, medio nobles, medio tratantes, que no osan mirar frente á frente al pájaro de Júpiter, como si dijéramos, á nuestro ilustre amo el archiduque.

— No por cierto, dijo Conrado; yo no hablo del leon de Venecia, sino de los tres leones de las armas de Inglaterra. Es verdad que antes eran leopardos; mas ahora han subido en dignidad, y al leon se postra toda bestia viviente, sea cuadrúpeda, acuática, reptil ó volátil.

— ¡Hablais seriamente? preguntó Leopoldo, á cuyo color natural daban mayor realce los vapores del vino. ¿Pensais acaso que Ricardo de Inglaterra goza de alguna superioridad ó preeminencia entre los soberanos que libremente y de su propio acuerdo han tomado parte en esta cruzada?

— Yo hablo de lo que veo, dijo el marques, y lo que veo es que el estandarte de

Inglaterra ondea solo en medio de los reales, como si su dueño fuera el generalísimo de las armas cristianas.

— ¡Y hablais de eso con tanta frialdad! repuso Leopoldo.

— ¿Atañe por ventura, dijo Conrado, al pobre marques de Monserrate tomar á pechos una injuria que tan sufridamente sobrellevan dos príncipes tan potentes como Felipe de Francia y Leopoldo de Austria? No puede ser deshonor para mí, lo que no es deshonor para ellos.

Leopoldo apretó el puño y dió un golpe terrible en la mesa.

— Baldon es ese, dijo Leopoldo, de que repetidas veces he conferenciado con Francia. Obligacion nuestra es proteger á los príncipes inferiores de las usurpaciones de ese isleño advenedizo. Mas Ricardo y Felipe tienen sus piques sobre derechos de vasallage, y no fuera sana política partir por medio en este tiempo y en esta coyuntura.

— Sabio y prudente es Felipe, respondió el marques, como á todo el mundo consta.

Su condescendencia es sin duda efecto de graves consideraciones: mas no han traslucido aun en el ejército las que os obligan á someteros á la dominacion de Inglaterra.

— Yo someterme! exclamó lleno de indignacion el iracundo Austriaco. ¡El miembro principal del santo romano imperio! ¡A ese soberano de media isla! ¡A ese descendiente de un bastardo de Normandía! No, por la luz del sol que nos alumbra. El campo y la cristiandad entera conocerán dentro de poco que Leopoldo sabe vindicar sus derechos, y que no le intimidan isleños fanfarrones. Arriba, vasallos y caballeros; seguidme todos. Coloquemos sin pérdida de tiempo el águila de Austria en la altura que le corresponde. No haya bandera de príncipe ó monarca que con ella compita.

Dichas estas palabras, se alzó precipitadamente, y en medio de la tumultuosa gritería de sus huéspedes y oficiales, se encaminó hácia la puerta del pabellon, y agarró el estandarte de Austria que en ella estaba clavado.

— Noble archiduque, dijo Conrado, afectando moderacion y prudencia, menoscabo seria de vuestra conocida sensatez, suscitar á estas horas un tumulto en el campamento del ejército cruzado. Mas vale sobrellevar por algun tiempo esa altanería de Ricardo, hasta que...

— Ni un minuto siquiera, vociferó Leopoldo, y con el estandarte en la mano, y seguido de todos sus huéspedes, marchó á la plataforma en que estaba la bandera de Ricardo.

— Mi venerado señor, dijo Jonas Schwancker, echando los brazos al cuello del archiduque: los leones tienen dientes.

— Y las águilas tienen garras, respondió Leopoldo puesta ya la mano en el asta, aunque sin osar todavía arrancarla.

El decidor, á pesar de sus dislates, solia tener intervalos de sano juicio. Viendo al archiduque tan próximo a cometer un atentado, agitó el instrumento de su dignidad, y Leopoldo volvió el rostro hácia él, segun era



su costumbre cuando de este modo le llamaba la atención.

— El águila, dijo, es la reina de las aves: como el león es rey de las fieras del monte. Cada cual tiene su dominio separado, tan distantes entre sí como Austria de Inglaterra. El águila del Danubio no debe injuriar al león del Támesis: ondeen juntos los dos estandartes, y haya paz entre los que batallan juntos.

Leopoldo quitó la mano del asta del pendón inglés, y buscó por todas partes á Conrado de Monserrate: mas en vano, porque el marques, tan pronto como vió el efecto que habian hecho sus palabras, se escabullió entre la muchedumbre, cuidando antes de todo de llamar aparte á varios de los personajes que habian asistido al banquete, á quienes se quejó, en términos comedidos, de que Leopoldo hubiese escogido la hora de sobremesa, para vengar por sus manos una ofensa, que habria podido satisfacer con medios mas suaves. No pudiendo dar con el marques, á quien mas particularmente

deseaba hablar, el archiduque exclamó en alta voz que no era su intencion romper la armonía de los príncipes cristianos, sino reclamar los privilegios que le correspondian, y sus derechos, iguales en todo á los del rey de Inglaterra; que no aspiraba á colocar su estandarte sobre el de Ricardo, aunque lo tenia de manos de los emperadores sus antepasados, algo mas ilustres que los príncipes de la casa de Anjou; por último que se contentaba con que los dos estandartes ocupasen el mismo puesto, á fin de que no se creyese que habia en Europa timbres superiores á los de la casa de Austria. Terminada esta arenga, se abrió un barril de vino, se tocaron cajas y trompetas y se bebieron sendas copas en honor del estandarte del archiduque.

El ruido que hizo el acompañamiento del duque durante toda esta ceremonia, produjo alguna inquietud y extrañeza en los reales.

Era llegada la hora crítica, en que el médico árabe habia predicho, segun las reglas de su arte, que Ricardo despertaria

considerablemente aliviado y restablecido, y ya le habia aplicado la esponja de que habia hecho uso para sacar de su letargo al escudero de sir Kenneth. Volvió en sí el monarca; observóle atentamente el sabio, y dijo al baron que la fiebre habia cesado de un todo, y que, gracias á la feliz constitucion de Ricardo, era inútil repetir el salutarifero medicamento. Ricardo fué de la misma opinion, y restregándose los ojos, preguntó á sir Tomas á cuanto subiria la suma que se hallaba á la sazón en las arcas reales.

El baron respondió que lo ignoraba.

— Importa poco, dijo el rey, sea grande ó pequeña, ponla toda en manos del sabio Sarraceno que me ha vuelto á poner en estado de seguir las banderas de Cristo. Si no alcanza el dinero á mil bizantes, que se le dé lo que falta en joyas.

— El sabio, respondió El Hakim, no vende la sabiduría con que le ha favorecido Alá, y ten entendido, gran principe, que esa celestial medicina, á que debes tu restablecimiento, perderia enteramente su virtud

en mis indignas manos, si se contaminaran estas con oro y con diamantes.

— ¡Rehusas el galardón que mereces! exclamó sir Tomas. Esto sí que es mas admirable que los cien años de tu edad.

— Tomas de Vaux, dijo el rey, tú no conoces mas valor que el que se necesita para mover la espada, ni otra virtud que la que luce en la caballería. Este Moro puede servir de ejemplo á muchos nobles cristianos.

— Sobrada recompensa es para mí, dijo el Moro, cruzando los brazos sobre el pecho, y manteniéndose en actitud grave y respetuosa, que un rey tan grande como Malec Ric se digne dirigir la palabra á su servidor. Ruégote que te calmes y tranquilices, porque aunque no creo que sea necesario repetir la medicina, se debilitaria notablemente su efecto si volviera á encenderse tu noble sangre.

— Debo obedecerte, Hakim, dijo Ricardo, pero tan libre se siente mi pecho del fuego que le ha devorado en estos últimos dias,

que me hallo capaz de enristrar la lanza y de aguardar á pie firme la del mas intrépido enemigo.... pero, ¿qué significa ese rumor y esa música que se oye en el campamento? Sir Tomas, corre y tráeme noticias de lo que pasa.

— Es el archiduque de Austria, dijo el baron, despues de haber estado un instante fuera; que con sus amigos de taverna sale en procesion por los reales.

— ¡Borrachon insensato! exclamó el rey, mas le valiera ocultar su intemperancia en los lienzos del pabellon, que hacer alarde de ella ante los soldados de la cruz. ¿Qué decis, señor marques? continuó dirigiéndose al de Monserrate, que á la sazón entraba en el aposento.

— Digo, valiente príncipe, respondió el marques, que me huelgo de ver á vuestra magestad tan mejorado, y es cuanto puede decir quien viene de la mesa del archiduque de Austria.

— ¡ Con ese pellejo de vino, dijo el rey, habeis estado comiendo! Pues cierto, es de

admirar que un hombre como vos, haya dejado tan pronto el campo de batalla. ¿Y qué significa todo ese rumor que el bebedor teutónico está armando á estas horas en el campamento?

De Vaux, que se habia colocado detras del rey, dió á entender á Conrado, con sus gestos y miradas, que no cometiese la imprudencia de enterar á Ricardo de los desacuerdos de Leopoldo: mas el marques de Monserrate ó no lo comprendió, ó no quiso comprenderlo.

— Lo que el archiduque está haciendo, dijo, es cosa de poca importancia, puesto que él mismo no se halla en estado de saberlo. Con todo, si he de decir la verdad, me he tenido que retirar de su compañía, por no tomar parte en chanzas tan pesadas.

— ¿Y qué chanzas son esas? preguntó impacientemente Ricardo.

— Se le ha puesto en la cabeza, dijo el marques, echar al suelo el estandarte de Inglaterra, y se ha encaminado on esta intencion al monte de San Jorge.



— ¿Qué estais diciendo? exclamó el rey dando un grito que hubiera podido despertar á un muerto.

— No se altere vuestra magestad, respondió el marques, fingiendo querer reparar el daño que sus palabras habian producido. Es natural que un loco haga locuras.

— No despleguéis los labios, dijo el rey, saltando de la cama, y echando al suelo con increíble prontitud la ropa que le cubria. Marques, no me repliquéis. Sir Tomas, te prohibo hasta la respiracion. Quien ose articular una palabra no es amigo de Ricardo Plantagenet. Hakim, silencio.

En tanto que se explicaba en estos términos, se vestia precipitadamente, y al terminar la arenga, descolgó la espada de la cabecera, y sin otra arma, y sin decir á nadie que le siguiese, salió con pasos agitados fuera de la tienda. Conrado, alzando las manos, en señal de espanto, quiso entrar en conversacion con sir Tomas, mas este, empujándole desdenosamente, llamó á uno de los gentileshombres de la servidumbre, y le

dijo: — Corred á los cuarteles de milord Salisbury; decidle que convoque á su gente, y que me siga al monte de San Jorge. Poned tambien en su noticia que la fiebre del rey no está en la sangre, sino en el cerebro.

El gentilhombre, y los otros empleados de la servidumbre que acudieron al ruido, no pudieron entender lo que sir Tomas les decia; pero bien adivinaron que habia ocurrido algun suceso de importancia, y echaron á correr por en medio de las tiendas de los Ingleses, esparciendo por do quiera el terror y la confusion, aunque sin poder indicar el motivo. Los soldados yacian entregados al sueño de la siesta, á que los rigores del clima les habian acostumbrado; alzaronse sobresaltados, preguntándose unos á otros la causa de aquel tumulto; mas la impaciencia, como sucede en casos semejantes, se oponia á la averiguacion de la verdad, y la imaginacion de cada cual suplía la falta de esta. Quien decia que los Sarracenos se habian introducido en el campo; quien, que la vida del rey estaba en peligro; unos, que

Ricardo habia muerto de su enfermedad la noche anterior; otros, que habia perecido á manos del archiduque de Austria. Los nobles y oficiales, no menos inciertos que la tropa, de la realidad del caso, procuraban reunir sus tercios, ordenarlos y apercibirlos, temiendo que su celo inconsiderado aumentase el trastorno que por todas partes cundia. Cruzábanse los ecos de los clarines; repetíanse de tienda en tienda, y de cuartel en cuartel los gritos de á las armas, á las armas; y los que ya habian acudido armados á sus puestos, y aguardaban tan solo la orden de atacar, repetian la invocacion nacional: «San Jorge por Inglaterra.»

En breve todo el campamento del ejército de la cruzada fué una vasta escena de terror y de confusion. Habia en él gentes de todos los reinos y estados de Europa, y cada cual se agregó á sus compañeros, ya para indagar el motivo del alarma, ya para correr adonde amenazaba el peligro. El polvo, la gritería, los relinchos de los caballos, el estruendo de los instrumentos bélicos aumentaban el

desconcierto general, é impedian que se oyese la voz de los caudillos. En medio de esta agitacion, el duque de Salisbury, conociendo por la orden que le habia comunicado el baron, que las circunstancias eran graves y urgentes, se puso á la cabeza de los primeros Ingleses que acudieron á su pabellon, y dió prontas y eficaces providencias para que todo el ejército ingles se mantuviese armado en su puesto, y pronto á obedecer al primer aviso. «Todos correremos, dijo, si la seguridad de Ricardo lo exige; pero en orden y con subordinacion. Moderad vuestro celo, y no os dejéis arrastrar por su impulso.»

Entre tanto, y sin que le detuviesen los obstáculos que el desorden de las tropas le oponia, Ricardo, á medio vestir, y con el acero envainado en la mano derecha, se dejaba atras al baron de Vaux, y á uno ó dos individuos de la servidumbre, encaminándose aceleradamente al monte de San Jorge. ®

De este modo atravesó los cuarteles de sus gallardas tropas normandas y borgoñe-

sas, á las cuales no habia llegado todavia el alboroto, aunque muchos de aquellos soldados habian oido los gritos de los Austriacos, y ya estaban en pie, llamando á los otros. Los Escoceses reposaban tranquilos en sus tiendas; pero sir Kenneth vió al rey, y conoció que no era cosa de poca importancia la que ocurría; por lo que, sin detenerse á más que á tomar el broquel y la espada, corrió á juntarse con el baron, que le respondió encogiéndose de hombros, á la inquieta mirada que le dirigiera, como si no osara preguntar de otro modo la causa de tanta novedad. Los dos llegaron al monte, cuando se hallaba en él Ricardo.

El monte y sus cercanías hormigueaban en gentes de diversos trages y naciones, confundidamente esparcidas en la plataforma y en sus declives. Los Austriacos, y particularmente los que habian asistido á su banquete, prolongaban con férreos pulmones el clamoreo que en ellos excitaba parte el vapor del vino, parte la humillacion de un enemigo poderoso. A ellos se habian agregado otros sol-

dados de diferentes tercios y banderas, algunos por curiosidad, y no pocos porque aborrecian á los Ingleses y á su monarca, y se deleitaban en ser testigos de la afrenta que la nacion entera acababa de recibir. Ricardo penetró denodadamente por aquel gentío, como la ligera nave que corta rápida y derecha las olas, á guisa de quien se burla de su furor, y no se cura de que se reúnan despues sus rugientes espumas, en el surco que ha trazado la quilla.

En la cima de la eminencia habia un reducido llano, en que estaban colocadas las dos insignias, rodeadas de Leopoldo, y de los principales personajes de su acompañamiento. El archiduque ocupaba el centro, contemplando con orgullosa satisfaccion el triunfo de su estandarte, y oyendo, con sonrisa en los labios, los estrepitosos aplausos que no cesaban de repetir los suyos. Ricardo se presentó inesperadamente ante sus ojos, seguido tan solo de dos hombres, pero lleno de confianza en su fuerza y en su valor.



— ¿Quién ha osado, preguntó, poniendo la mano en el asta de la bandera austriaca, y en voz semejante al sordo rumor que precede á la erupcion de un volcan: ¿quién ha osado colocar ese andrajo junto á mi bandera?

El archiduque no carecía de valor personal, y era incapaz de callar á tan grave denuesto. Sin embargo, de tal modo le sorprendió la repentina aparicion de su enemigo, y tal era la impresion que excitaba donde quiera Ricardo, y la fama de su arrojo y de su valentía, que este repitió dos veces su pregunta en ademán de buscar con la vista un enemigo digno de su brazo, antes que el archiduque, recobrándose en parte de su primera agitacion, pudiese contestarle:

— Yo he sido: yo, Leopoldo de Austria.

— Leopoldo de Austria, dijo el monarca, atiende y verás el caso que hace de tu bandera y de tu vanidad Ricardo de Inglaterra.

Y dicho esto, arrancó el asta del suelo, la hizo pedazos, arrojó la bandera, y puso sobre ella un pie.

— Así trato, continuó, los timbres de tu casa. ¿Hay alguien en la caballería teutónica que se atreva á impedírmelo?

Todos los concurrentes enmudecieron; pero no hay hombres mas valientes en el mundo que los Alemanes.

— Yo, yo, yo, repitieron cien voces unidas. Yo, clamaron á un mismo tiempo los caballeros austriacos que se hallaban al lado de Leopoldo. Yo, dijo tambien el archiduque, en ademán de aceptar el reto.

— ¿Qué prestan dilaciones y desafíos? dijo el conde Wallenrode, uno de los mas corpulentos adalides de Hungría. Hermanos y nobles caballeros, las plantas de ese hombre estan hollando nuestro honor. Borremos esta mancha, y aniquilemos el orgullo de Inglaterra.

Y al decir estas palabras sacó el acero, y descargó sobre el rey un tajo, que hubiera puesto en riesgo su vida á no haberlo recibido en su broquel el caballero del Leopardo.

— He jurado, dijo el rey, no deseuvainar

el acero contra ningún caballero que lleve al pecho le señal de la cruz. Déjote vivir, Wallenrode, añadió esforzando la voz, y sacándola por entre los gritos que por todas partes resonaban: pero vive para no olvidar jamás, aunque cien años vivas, quien es y lo que puede Ricardo de Inglaterra.

Era Ricardo tan diestro en toda clase de ejercicios, como vigoroso en sus golpes, y flexible en sus movimientos. No bien había terminado las últimas palabras, cuando echándole mano al Húngaro, lo empujó con tanta violencia, que en despecho de la turba que le rodeaba, le tiró por la plataforma abajo, á manera de risco que se desgaja del monte y cae rodando á la llanura. El abultado Wallenrode, incapaz de resistir aquel impetu, se vió muy en breve al pie de la elevacion, casi sin sentido y con mas de un hueso dislocado. Esta pronta y terrible venganza dejó tan atónitos como intimidados al archiduque, y todos los que le acompañaban. Entre tanto crecían las vociferaciones de los concurrentes. Los que estaban mas lejos

de Ricardo, gritaban furiosamente: Hagamos añicos á ese perro isleño, mientras los que habían sido testigos de la aventura de Wallenrode, disimulando sus recelos, y cubriéndolos con la máscara de la moderacion, exclamaban: « Paz, ilustres príncipes; la paz de la cruz; la paz del santo padre; la paz de nuestra madre la Iglesia. »

Esta diferencia de clamores indicaba suficientemente la irresolucion de los amigos del archiduque. Ricardo permaneció inmóvil, fija la robusta planta en la abatida bandera archiducal. Sus miradas giraban en torno, tan animadas por el furor y la sed de venganza, que los caballeros austriacos, acostumbrados á arrostrar las lanzas sarracenas, ni osaban andar un paso, ni fijar los ojos en tan formidable enemigo. Sir Tomas y el del Leopardo estaban detras del rey, y aunque no habían desnudado los aceros, la actitud de uno y otro indicaba cuan poco tardarian en esgrimirla si peligraba la vida de su dueño, y cuan arriesgado era arrostrar enemigos de aquel talante.



Salisbury y su tercio se habian aproximado al monte. Los unos apercibian los arcos; los otros empuñaban con mano firme las partesanas.

En esta coyuntura, el rey Felipe de Francia, acompañado por uno ó dos caballeros de su corte, llegó á la plataforma para saber la causa de aquel disturbio, y no quedó poco sorprendido al ver al rey de Inglaterra, á quien creia postrado en su cama, mirando con altanería al archiduque, y amenazándole con su postura. Ricardo pareció algun tanto avergonzado de que Felipe le descubriese en una situacion tan poco digna de un rey y de un cruzado. Aunque no gustaba de la persona del rey de Francia, dábale todo el crédito que su sagacidad merecia, y aun hay quien dice que al verse en presencia de Felipe, retiró el pie de la bandera, y procuró moderar la violencia que en sus ojos y movimientos estallaba. Leopoldo contuvo igualmente los ímpetus de su despecho, aunque le fué en gran manera vergonzoso que Felipe hubiera venido á ser testigo de su vilipendio.

Las prendas que lucian en el carácter de este monarca le habian grangeado el titulo de Augusto, que le daban sus vasallos, y que le ha conservado la historia. Si Ricardo podia ser apellidado el Aquiles, Felipe merecia el titulo del Ulises de la cruzada. Era sagaz y diestro en su política; cuerdo y moderado en los consejos; firme y tranquilo en sus resoluciones; su inteligencia era perspicaz; su valor acreditado; su porte noble y magestuoso; infatigables sus esfuerzos cuando se proponia por objeto el bien de sus estados; mas el conjunto de sus perfecciones era mas análogo al negociador que al héroe, y mas seguros eran sus triunfos en el gabinete que en el campo de batalla. Nunea hubiera tomado parte en la guerra de Tierra Santa, si solo hubiese dado oídos á sus propias inclinaciones: pero arrastróle el torrente de la opinion, y tuvo que ceder al unánime deseo de los nobles de su reino, y á los preceptos de la corte de Roma. A haber nacido en un siglo mas culto, ó en una situacion menos elevada, su fama hubiera eclipsado la de Ri-



cardo de Inglaterra; pero en las épocas de la edad media, y especialmente cuando se propagó en Europa, á manera de contagio, el espíritu de venganza, inspirado por las exhortaciones de L'ermitaño Pedro, el ingenio, la sensatez, la razon, eran prendas que gozaban de poca estima, y el valor caballeresco que las costumbres públicas y la índole de aquellas empresas habian colocado sobre todas las perfecciones de que el hombre es susceptible, se empañaba y desmerecia cuando se le juntaba alguna leve sombra de discrecion. El mérito de Felipe, comparado con el de su altanero antagonista, era como el reflejo de la lámpara junto al de la hoguera; la cual, sin ser tan útil como aquella, brilla mas y deslumbra. Felipe observaba la inferioridad de su reputacion y el triunfo de su rival, con el sentimiento que debe producir semejante comparacion en todo corazon activo; mas por lo mismo habia resuelto aprovecharse de cuantas ocasiones se le ofreciesen par humillar á quien le oscurecia, y despojar de sus laureles á quien habia mar-

chitado los suyos. La que en aquella disputa se presentaba era una de las que dan toda la ventaja á la sangre fria y á la prudencia, sobre la impetuosa violencia y la obstinacion.

— ¿Qué significa esta querella entre dos guerreros de la cruz? preguntó Felipe. ¡La real magestad de Inglaterra y el muy noble príncipe archiduque Leopoldo! ¡Dos gefes, dos columnas de la santa expedicion!

— Suspende tus reconvencciones, dijo Ricardo, mas y mas encolerizado, al verse puesto en la misma línea y clase que Leopoldo: ese duque ó príncipe, ó columna, ó como quieras llamarle, ha recibido el castigo de su insolencia. No ha habido mas,

— Magestad de Francia, dijo el duque, apelo á tu autoridad y á la de todos los príncipes cristianos que en el campamento de la cruzada se hallan, contra el ultraje que mi dignidad ha recibido. Ese rey de Inglaterra ha arrancado mi bandera, la ha hollado y destruido.

— Porque tuvo la audacia de plantarla junto á la mia, respondió Corazon de Leon.

— Mi clase me autoriza á ello, contestó Leopoldo.

— Si quieres ser mi igual, respondió Ricardo, pruébalo con tu persona, y por san Jorge, que la trataré como á ese pañuelo bordado.

— Reportaos, hermano, dijo Felipe, y yo haré ver á Austria que no es cuerdo su designio. No penseis, noble archiduque, continuó dirigiendo la palabra á Leopoldo, que los soberanos independientes que hoy peleamos juntos en defensa del sepulcro, nos reconocemos inferiores ni subordinados en manera alguna á Ricardo, ni esto debe inferirse del alto puesto en que hemos permitido que tremole su estandarte. La oriflama, la gran bandera de Francia á la cual Ricardo debe acatamiento, á fuer de vasallo de nuestra corona, ocupa en estos reales un lugar inferior á los leones de Inglaterra. Los reyes y príncipes de la cruzada han jurado por la cruz, ser hermanos y amigos, y, como peregrinos armados, no se curan de las pompas y dignidades humanas, y solo se emplean

en rescatar de manos de infieles el sepulcro del Salvador. Yo y los otros príncipes hemos consentido, en atencion á la justa nombradía y altas proezas de Ricardo, en cederle esta preeminencia, que en otra ocasion, y por cualquier otro respeto, nunca hubiera conseguido. Estoy persuadido de que cuando esto considereis, confesaréis vuestro error en colocar el pendon de Austria al lado del de Inglaterra, y que la real magestad de Inglaterra no tardará en daros satisfaccion por el insulto que de sus manos habeis recibido.

El orador y el bufon de la corte de Leopoldo se habian puesto en salvo, mientras creyeron que aquella rencilla debia terminar en golpes; mas cuando vieron que las voces eran las únicas armas de que se servian los contrincantes, se aproximaron poco á poco, sin que los amedrentase aquella especie de guerra en que eran tan hábiles soldados.

El discurso de Felipe fué tan á gusto del decidor, que no pudo contener su aplauso; y agitando el símbolo de su oficio, y olvidando que se hallaba en presencia de dos



monarcas poderosos, dijo en alta voz que jamas habian salido de sus labios palabras tan discretas como las del rey de Francia.

— Asi podrá ser, le dijo cautelosamente el de los cascabeles, pero te advireto que nos van á dar azotes si hacemos tanto ruido.

El duque respondió con prontitud que aquella disputa solo podia cortarse por la autoridad del consejo de la cruzada, á cuya proposicion condescendió gustosamente Felipe, diciendo que de aquel modo podria ahogarse en su origen lo que seria parte á escandalizar la cristiandad entera.

Ricardo oyó con paciencia la arenga de Felipe conservando entre tanto su aspecto firme y decidido. Su respuesta, no tan elocuente como las frases del monarca frances, resonó en todos los ámbitos del campamento.

— Mi salud, dijo, no me permite perder el tiempo en palabras, y ya sabes, hermano, puesto que mi carácter te es conocido, que gusto mas de hechos que de retóricas. Ultrajes que tan de cerca tocan al honor de Inglaterra, no se someten á consejos de prínci-

pes ni de papas. Aquí está mi bandera: cualquiera otra que se plante á tres lanzas de distancia, será muy en breve despojo de mis iras, aunque fuera ese oriflama de que has hablado; y en cuanto á satisfaccion, nadie aguarda otra de mí que la que puede dar mi acero, sea quien fuere el retador, y aunque vengan cinco, que no uno solo.

— Esta sí, dijo el bufon á su compañero, que es locura de marca mayor. No hubiera yo dicho otro tanto: mas presumo que no es Ricardo el mas desatinado loco de los presentes.

— ¿Pues quién? preguntó el de las sentencias.

— Felipe, respondió el bufon, ó nuestro real duque, si tan necios son que acepten el duelo. ¿Y sabes lo que digo, amigo *Spruchsprecher*? que tú y yo hubiéramos hecho á las mil maravillas el papel de reyes, si tal suerte nos hubiera tocado, puesto que los que estamos viendo desempeñan tan acertadamente tu oficio y el mio.

Mientras comentaban los dos amigos la



escena que estaban presenciando, Felipe revistiéndose de magestad y de moderación: —No somos aquí venidos, dijo, á despertar recientes discordias, en contra del juramento que hemos pronunciado, y de la causa que estamos defendiendo. Debemos separarnos como hermanos, y si alguna rivalidad debe existir entre los leones de Inglaterra y las lises de Francia, sea con el objeto de ver quien hace mas estragos en las filas de los infieles.

— Lo acepto con toda mi alma, respondió Ricardo, tomando la mano á Felipe, y apretándosela con la franqueza de su generosa índole; y plegue á Dios que pronto tengamos ocasion de ver quien mas triunfos logra.

— Participe igualmente el noble archiduque de este amistoso convenio, dijo Felipe, y Leopoldo se acercó á los dos monarcas, como cediendo mas que á su propia voluntad, á los respetos y mediacion del rey de Francia.

— Nada quiero con locos, y nunca me

han gustado las locuras, respondió Ricardo con tono de indiferencia; y el archiduque, incierto del partido mas decoroso que en tan críticas circunstancias podia tomar, se retiró de pronto con los suyos.

Ricardo le siguió con la vista.— Su valor, dijo, es como la luz de la luciérnaga, que solo brilla de noche. Sea como fuere, mi bandera no debe quedar sin custodia, cuando es fácil que la ataque un pérfido enemigo: de dia, las miradas de los leones bastan á defenderla. Tomas de Gilsland, á tí te encargo el honor de Inglaterra.

— Tan caro me es ese honor, respondió el baron, como el mio propio, y mas preciosa que mi vida la vida de Ricardo. Lo que importa ahora es que vuestra magestad, sin mas demora, se restituya á su pabellon.

— Preciso será obedecerte, dijo Ricardo, y echando de ver á sir Kenneth: valiente Escocés, le dijo, me has hecho un importante servicio, y con otro mas importante voy á recompensártelo. Aquí tienes el pendon, que la imprudencia de un borracho ha querido,

aunque en vano, ultrajar. Guárdale esta noche, como el novicio que vela las armas. No te separes de él á distancia de tres lanzas, y defiéndele con tu persona, cualesquiera riesgo ó insulto que le amenace. Si mas de un hombre te acomete, da el grito de alarma. ¿Consientes en ello?

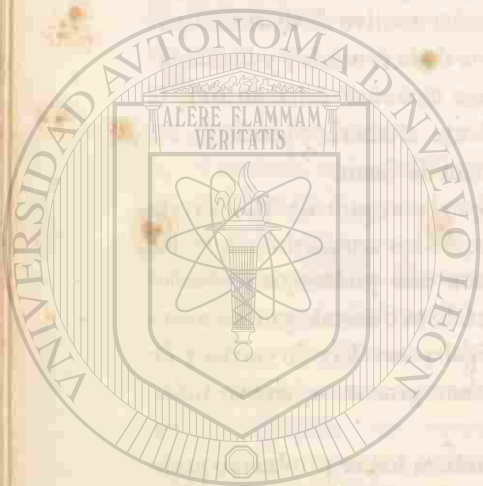
— Con toda mi alma, respondió el caballero del Leopardo, y mi cabeza saldrá garante de esa noble prenda que vuestra real dignacion me confia. Estoy sin armadura; voy por ella, y vuelvo aquí al instante.

Los reyes de Francia y de Inglaterra se separaron entonces, ocultando, bajo la máscara de la cortesía, los secretos motivos de resentimiento que animaban á uno contra otro. Ricardo no podia perdonar á Felipe su officiosa mediacion en favor de Austria, y Felipe no olvidaba el modo irreverente con que esta mediacion habia sido recibida. La turba que el lance habia atraido se retiró en diferentes direcciones, dejando el monte de San Jorge tan solitario como estaba antes del suceso que tanto rumor habia causado. Cada

cual referia el lance á su modo, y le comentaba segun sus opiniones y partido: los Ingleses decian que los Austriacos habian dado el primer motivo de disturbio entre los soberanos de la cruzada, y los soldados de las otras naciones echaban toda la culpa á la insolente altanería y carácter indómito de Corazon de Leon.

— Ya ves, dijo el marques de Monserrate al gran maestre de los templarios, que los medios suaves son mas poderosos y eficaces que los violentos. Está desatado por mi mano el nudo que ligaba ese haz de cetros y de lanzas: verás cuan pronto se vienen todos ellos á tierra.

— Tu plan pudiera haber producido grandes bienes, dijo el templario: faltó un Tudesco intrépido y rencoroso, que hubiera cortado ese nudo de que hablas con el acero: porque desengáñate, amigo Conrado, lo que se desata se vuelve á atar; no asi lo que se destroza.



# UANL

## CAPITULO V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En los días de la caballería, el encargo de un puesto aventurado ó de una hazaña peligrosa, se miraba como el galardón del denuedo que un guerrero habia demostrado en otras ocasiones, del mismo modo que al subir un empinado monte, las dificultades



que se han vencido para llegar á una roca, empeñan á dirigirse á otra mas áspera y difícil.

Era ya media noche, y la luna paseaba magistuosamente su pálido resplandor en el espacio de los cielos, cuando sir Kenneth del Leopardo dormido se paseaba solo en el monte de San Jorge, cerca del estandarte de Inglaterra, para defender la gloriosa insignia de aquella nacion de los insultos que hubieran podido meditar contra ella los numerosos enemigos que le habia suscitado la soberbia de Ricardo Corazon de Leon. Altos pensamientos y audaces esperanzas lisonjeaban sucesivamente su fantasía. Pareciale haber merecido un notable favor de aquel valiente monarca, que hasta entonces no se habia dignado distinguirle entre la turba de guerreros alistados bajo sus banderas, y atraídos en torno de su persona por su arrojada intrepidez; y miraba como testimonio indudable de aquella honra, la que le habia conferido, al ponerle en un sitio que á la sazón era el mas arriesgado é importante del campamento,

porque de los Turcos nada debia temerse, habiendo una tregua con Saladino, mas no hay treguas con los odios de los hombres, ni con las asechanzas de los malquerientes. La memoria del alto objeto en que se habian fijado los afectos de su corazon, inflamaba ademas su belicoso entusiasmo. Bien conocia que aquella pasion se habia propuesto un término que rayaba en la línea de lo imposible, y que solo en virtud de las mas extraordinarias é imprevistas circunstancias podia ser coronada por el elevado galardón que apetecia: con todo, las ocurrencias de aquellos últimos dias habian disminuido, á su parecer, la distancia que le separaba de la ilustre cuanto hermosa Edith. El caballero que Ricardo habia favorecido, constituyéndole depositario de la prenda mas encumbrada del honor de sus armas y de su nacion, no era ya un aventurero oscuro y vulgar; seguramente no podia lisonjearse con la idea de haberse colocado de pronto al nivel de su dama; pero á lo menos se aproximaba á su esfera. Su suerte, de ahora en adelante, no

podía ser envuelta en el olvido comun, que aguarda á los que han nacido sin opulencia, y pelean sin gloria. Si una fuerza superior le sorprendía, sabría morir matando, y su muerte excitaria los loores y la venganza de Ricardo, y el dolor, y quizas las lágrimas de las nobles damas, lustre de la corte de Inglaterra. Lo peor que podría acaecerle era morir, mas no como un cobarde.

Entregábase el valiente Escoces á estas placenteras ilusiones, tan propias de aquel gallardo espíritu que reinaba en las costumbres de la órden de caballería, la cual en medio de sus fantásticas extravagancias, no se habia contaminado con la ponzoña del egoismo, sino que observaba como sagradas leyes, las de la generosidad y las del desprendimiento, proponiéndose objetos remontados y sublimes, incompatibles quizas con las imperfecciones y flaquezas de la condicion humana. Toda la naturaleza reposaba inmóvil á la plácida vislumbre del astro de la noche. Las largas hileras de tiendas y pabellones, iluminadas en parte por los reflejos de la

luna, en parte confusamente oscurecidas por la sombra que unas á otras se hacian, ofrecian la imágen de las calles tristes y silenciosas de una ciudad desierta. Al pie del asta de la bandera yacia el fiel alano del Escoces, único compañero de su guardia, y en cuya vigilancia é instinto confiaba, para descubrir de lejos á algun mal intencionado. El astuto animal, como si entendiese la arriesgada posicion de su dueño, miraba de cuando en cuando las ondas pomposas del magnífico estandarte, y al grito de las centinelas que rodeaban el campamento, respondia con un penetrante ladrido, como si quisiera dar á entender que tambien él estaba vigilante y pronto á descubrir el peligro. A veces alzaba la cabeza, cuando su amo pasaba á su lado, en los cortos giros que daba en torno del pendon; á veces, cuando sir Kenneth se paraba, apoyado en su lanza, fijos los ojos en la anchura de los cielos, y arrobada la mente en sus exaltadas contemplaciones, el perro se le acercaba suavemente, y le sacaba de aquella distraccion con sus



afectuosos aunque tímidos halagos. De pronto se vuelve con furor hácia una de las extremidades del parapeto, prorumpe en un tremendo ladrido, fija los ojos en donde las sombras eran mas profundas, y se detiene al borde de la elevacion, como si aguardase las órdenes de su dueño.

— ¿Quién vive? gritó sir Kenneth, sospechando que alguien subia al monte.

— En el nombre de Merlin, y por los tres reyes magos, contestó una voz áspera y desagradable, encadena ese demonio en figura de can, ó vuelvo gurupa, sin desempeñar mi encargo.

— ¿Y quién eres tú que osas acercarte á este puesto? preguntó sir Kenneth, reconociendo cuanto podia la vista, y fijándola en un confuso objeto que en los declives del monte se divisaba, aunque sin poder distinguir su forma. Aquí estoy yo á muerte ó á vida.

— Sujeta, dijo la misma voz, á ese Satanás que tienes á tu lado, ó de un ballestazo le quito de en medio: al mismo tiempo se oyó

un ruido semejante al crujido de la llave de una ballesta.

— Desmonta, dijo sir Kenneth, el arma, y preséntate aquí donde mis ojos puedan examinarte. Por San Andres que te clavo al suelo, quien quiera que seas, si no me obedeces.

Diciendo estas palabras, tomó por el medio la lanza, con ánimo de arrojarla al que le habia hablado, como era costumbre de los caballeros, cuando de otro modo no podian alcanzar al enemigo, mas casi se corrió de esta determinacion, cuando vió salir de la sombra á la luz de la luna, como un comediante sale de los bastidores al teatro, á una diminuta y contrahecha criatura, en cuyo trage, ademanes y rostro conoció al enano de la capilla de Engaddi. El Escocés apoyó la lanza en tierra, y recordando los sucesos de aquella noche feliz y misteriosa, hizo seña al alano, el cual la entendió inmediatamente, y volvió á colocarse al pie del asta, no sin un sordo gruñido, que mostraba su mal humor y su desconfianza.



El diforme compendio de la humanidad, viéndose libre de aquel formidable enemigo, acabó de subir á la plataforma, con gran dificultad y trabajo, por ser demasiado cortos y desproporcionados sus miembros para vencer las asperezas del camino, y el declive de la cuesta. Al acercarse á sir Kenneth, desmontó la ballesta que en la mano llevaba, y que era como las que los muchachos de aquel tiempo usaban para matar gorriones; y contoneándose gravemente, extendió la mano derecha hácia el Escoces, como esperando que este le dirigiese un reverente saludo. Mas el caballero no estaba de humor de satisfacer aquel deseo, lo que visto por el pigmeo, alzando con altanería su disonante voz: —Soldado, le dijo, porqué no tributas á Nectabano el homenaje debido á su dignidad? ¿Posible es que lo hayas borrado de tu memoria?

— Gran Nectabano, respondió sir Kenneth, con el objeto de divertirse del ridículo ballestero, imposible es que te borre de su memoria quien ha tenido la dicha de vert

una sola vez. Perdona mi criminal descuido; pero soy soldado, estoy en mi puesto, y con las armas en la mano, y no habia hecho alto en tu noble y airosa persona. Humíllome ante tu grandeza, y beso la tierra que pisan tus plantas, sometiéndome ademas, al castigo que tu justicia y pruden ciquieran imponerme.

— Basta, respondió el enano, con que inmediatamente sigas mis pasos, y te presentes ante la persona que en tu busca me envia.

— Gran señor y embajador ilustre, respondió sir Kenneth, pésame desobedecer tu soberano mandato, que en cualquiera otra ocasion seria recibido de mí con el debido acatamiento: mas este es mi puesto hasta que el dorado Febo se asome por los balcones de la Aurora.

Dicho esto, volvió á pasearse delante de la bandera; pero el enano habia resuelto no dejarle libre tan pronto de su importunidad.

— Ahora bien, le dijo, saliéndole al paso, y cortándole el camino, finca las mientes en lo que van á pronunciar mis labios; ó me

obedeces, como en toda ley estás obligado á hacerlo, ó ejerceré mi autoridad en nombre de aquella cuya sin par hermosura muy mas resplandece entre las lindas de la corte, que el sol entre los astros del firmamento; de aquella cuya remontada gerarquía eclipsa la de Júpiter mismo, el de los destructores rayos. Decidete ahora y niégate si te atreves á humillarte á mis preceptos.

El caballero al escuchar estas razones se atrevió á formar una conjetura que lisonjeaba altamente sus esperanzas: mas no pudo darle asenso por un solo instante. Parecíale imposible que la dama de sus afectos le enviase tal mensajero y tal mensaje; sin embargo de esta sensata reflexion, trémulo de inquietud y de esperanza: — Expílicate sin rodeos, le dijo, Nectabano. Dime, á fuer de hombre de bien, si esa sublime princesa de quien hablas es otra que la celestial houri, que con tanta gracia manejaba la escoba en la capilla de Engaddi.

— Atrevido, temerario y presuntuoso garzon, dijo Nectabano, ¿piensas tú que la dueña

de mis reales afectos seria capaz de fijar los suyos en un vasallo? Tal te imaginas de la compañera de mi encumbramiento! De la luz de mis ojos! Desacordado vas en demasía. Grandes serán tus hazañas, y gloriosa tu nombradía; mas aun no has sido digno de que ocupe en tí sus pensamientos la reina Ginebra, la augusta esposa de Arturo, ante cuyo trono los reyes mas poderosos no son mas que humildes insectos. Mira este joyel; mírale bien, y segun conozcas ó desconozcas á su dueño, asi obedecerás ó infringirás, como mas te plazca, los mandatos que á mi cielo y prudencia ha confiado.

Al mismo tiempo puso en manos del caballero un anillo de rubies. Era el mismo que ordinariamente llevaba al dedo la ilustre dama que reinaba en el corazon del Escoces, y aun cuando sus ojos no le hubiesen reconocido, todas sus dudas se hubieran disipado al ver la cinta color de rosa, que de la joya pendia. Este era el color favorito de la hermosa Edit, y aun por esto le habia usado tantas veces en sus libreas sir Ken-



neth, proclamando frecuentemente la victoria en su favor, en torneos y batallas.

Sir Kenneth quedó confuso al ver tan alta prenda en tan humildes manos.

— En nombre de todo lo mas sagrado que los cielos y la tierra comprenden en su vasto recinto, dijo el Escocés, despues de haber reflexionado sobre tan inesperado suceso, deja á un lado si puedes tus dislates y bufonadas, y nómbrame la persona que te envia, y el objeto que se propone; y ten cuenta con lo que dices, que no es de chanzas este asunto.

— Desalumbrado caballero, respondió el enano, ¿qué mas puedes saber en esta materia sino que un príncipe te visita y una princesa te llama? Ni se trate de mas, por ahora, que de resolverte al partido que has de abrazar. Esa presea te dice que su dueño te aguarda. Cada minuto que tardes es un crimen que cometes; una violacion de los juramentos que en lo íntimo de tu corazon has pronunciado.

— Nectabano, dijo el caballero, jamas ho-

llaré las obligaciones que me imponen mi cariño, y la órden que profeso; mas dime por tu vida, ¿sabe mi dama la grave responsabilidad que se me ha impuesto? ¿Sabe que la muerte... y aun la muerte no es nada para quien sabe reñir y amar; pero el deshonor, la afrenta, la ignominia, la execracion de mi nombre podrán ser los castigos que me aguardan si falto de aquí antes que nazca el dia? ¿Cabe en su discrecion la idea de precipitarme en un abismo de desventuras? No puede ser: la princesa ha querido burlarse de su servidor, y mas que otra cosa, lo prueba el mensajero de que se ha valido.

— Está bien, dijo Nectabano, y bien haces en lo que gustes. Poco me importa, añadió empezando á bajar de la plataforma, que seas ó no falso y traidor á tan elevada persona. Dios te guarde.

— Detente, exclamó sir Kenneth, y responde tan solo á una pregunta. ¿Está cerca de aquí la dama que te envia?

— ¿Qué vale lo cerca ó lo lejos? respondió el enano. ¿Se miden acaso la fidelidad y la



obediencia por toesas, por leguas ó por millas? ¿Son los fieles amantes correos que reciben la paga en proporción á la distancia que atraviesan? ¿Alma amasada en sospechas! quiero decirte sin embargo que la hermosa dueña de ese joyel está á tiro de mi ballesta del desleal caballero, sin ley y sin valor, en quien se ha dignado echar una mirada de piedad.

Sir Kenneth suspiró, miró á todas partes, y clavó de nuevo la vista en el joyel, para cerciorarse de que no habia engaño ni perfidia en la embajada de Nectabano. — Otra pregunta y no mas, le dijo. ¿Será muy larga mi ausencia de este sitio? ¿cuánto tiempo...?

— ¡Tiempo dijiste! exclamó el enano, interrumpiendo á sir Kenneth, y hablando con toda la seriedad de que sus irregulares facciones eran susceptibles. ¿Qué es lo que tú llamas tiempo? ¿Es cosa que se ve, que se palpa ó que se come? El tiempo es un nombre sin significado: es una serie de respiraciones que se cuentan de noche por los golpes de una campana, y de dia por la sombra

de una punta de hierro. ¿Sabes tú como cuentan el tiempo los caballeros leales? por las empresas que acometen, y las proezas que hacen en honor de su Dios y de su dama.

— Verdades son esas, dijo sir Kenneth, que no aguardaba oír de tu boca. ¿Y mi dama quiere emplear en su gloria y defensa el vigor de mi brazo? ¿Y no puede diferirse su servicio para cuando amanezca?

— Ahora ó nunca, respondió Nectabano, y sin la pérdida del tiempo que tardan en caer tres granos de arena en el cristal, oye las palabras que de sus labios de clave salieron: di á sir Kenneth, que la mano que da rosas sabe dar tambien laureles.

Esta alusion á los sucesos de la capilla del desierto despertó un cúmulo de memorias en el alma del Escoces. Ya no le era posible dudar de ser Edit quien le llamaba. Los pimpollos aunque marchitos estaban atesorados debajo de la armadura, y colocados sobre su corazón. No podia resolverse á perder la única ocasion que hasta entonces se le habia presentado de merecer directamente un fa-

vor de la que adoraba. El enano al mismo tiempo aumentaba la borrasca de sus encontrados sentimientos, insistiendo en recobrar el anillo, ó en que sir Kenneth bajase de la plataforma.

— Aguarda un instante, dijo sir Kenneth, y como hablando á sus solas, ¿ soy por ventura, decia, vasallo ó esclavo del rey de Inglaterra? ¿ Soy mas que un caballero libre, que he venido voluntariamente á pelear bajo la bandera de Cristo? Dios y mi dama : á estos y á nadie mas sirvo.

— El anillo, el anillo y concluyamos, exclamó con impaciencia el mensajero; falso y descomedido amante, devuélveme ese anillo que no eres digno de tocar con tus manos, ni de mirar con tus ojos.

— ¿No he de reflexionar, preguntó sir Kenneth, en tan grave conflicto? ¿ Qué haria yo si los Sarracenos atacasen de pronto nuestras líneas? ¿ Me estaria aquí plantado como un vasallo de Inglaterra, cuidando de que no sufriese insulto su soberbia, ó acudiria á la defensa de la cruz? Pues despues de Dios, mi

dama : tal es mi juramento ; tal es mi pleito-homenaje... ; Y Corazón de Leon ! ; Y mi promesa ! ; y mi encargo ! ; y Leopoldo !..... Nectabano, por última vez, dime dónde está la que te envia.

— La luna, respondió el enano, brilla ahora sobre una bola dorada, que vale tanto como el rescate de un emir. Aquel es el pabellon : allí te aguardan.

— No es lejos, dijo sir Kenneth, cerrando desesperadamente los ojos á todas las consecuencias. No es lejos, por cierto. Bien puedo oír desde allí el ladrido de mi alano, y pocos momentos me bastarán para echarme á los pies de mi dama, y saber lo que requiere de su esclavo. Roswal, gritó entonces el Escocés, llamando al perro, y señalándole con el dedo el puesto que debia ocupar durante su ausencia; aquí sin me nearte. ®

El intrépido y dócil animal miró atentamente á su dueño, como si quisiera responderle que entendia y ejecutaria su mandato, y en seguida fué á echarse al pie del



asta, con la cabeza y las orejas erguidas, en actitud de recelo y vigilancia.

— Obedezco, dijo sir Kenneth, el alto precepto que me has notificado. Vamos aprisa.

— Vaya aprisa quien quiera, ó quien pueda, respondió Nectabano. No has sido tú tan ligero en resolverte; además que eso no es andar como hombre, sino como el avestruz del desierto.

Nectabano en efecto no podía seguir los pasos agigantados del caballero, que aguijoneado por el amor y por el honor, hubiera querido tener alas para desempeñar estas dos obligaciones sin comprometer ninguna de ellas. La lentitud de su compañero empeoraba su situación y aumentaba sus peligros. Pero ¿qué partido podía abrazar en circunstancias tan urgentes? No le era dado estimularle con dones, por hallarse enteramente desprovisto; convencerle con razones, y reducirle con súplicas, hubiera sido prolongar la crítica situación en que se hallaba: así que, en un movimiento de impaciencia, le tomó en brazos, y no obstante el miedo y las plegarias

de Nectabano, le llevó de este modo hasta cerca del pabellon de la reina. Al acercarse sir Kenneth echó de ver la guardia que estaba á la puerta, y aunque dormían profundamente los que la componian, se detuvo de pronto, puso en el suelo su carga, y pensó en lo que haria para que los soldados no le descubriesen; pues la entrada de un caballero á aquellas horas en la mansion de la esposa de Ricardo, podia suscitar sospechas, y dar pábulo á malignos comentarios. Nectabano, ofendido de la libertad que con él habia tomado el Escoces, tuvo que disimular su resentimiento, de miedo de verse segunda vez arrebatado, como el galápago de la fábula, en los garfios del águila. Abstúvose pues de reconvenirle, y tomándole por la mano, le condujo por detras de las tiendas inmediatas evitando la vista de los soldados, hasta un recodo que formaba el pabellon de la reina. Allí se inclinó casi hasta el suelo, y levantó á la altura de dos pies, uno de los lienzos que formaban los muros de aquel ligero edificio, indicando á sir Kenneth que



por aquella abertura debía introducirse como mejor pudiera. El caballero vaciló en obedecerle pareciéndole indecoroso aquel modo de entrar en tan respetable sitio; pero la sortija de rubíes acallaba la voz de sus escrúpulos. Puesto que su dama le distinguía así, solo le tocaba á él callar y someterse.

Encorvóse, pues, cuanto se lo permitía la armadura, y oyó al enano que desde afuera le decía: «No te muevas de ahí hasta que yo te llame.»

## CAPITULO VI.

Entró sir Kenneth del modo que hemos referido, y se halló envuelto en profunda oscuridad. Algunos minutos estuvo sin oír rumor alguno; minutos que le parecieron siglos, considerando el riesgo en que dejaba el símbolo del honor de Inglaterra, y

por aquella abertura debía introducirse como mejor pudiera. El caballero vaciló en obedecerle pareciéndole indecoroso aquel modo de entrar en tan respetable sitio; pero la sortija de rubíes acallaba la voz de sus escrúpulos. Puesto que su dama le distinguía así, solo le tocaba á él callar y someterse.

Encorvóse, pues, cuanto se lo permitía la armadura, y oyó al enano que desde afuera le decía: «No te muevas de ahí hasta que yo te llame.»

## CAPITULO VI.

Entró sir Kenneth del modo que hemos referido, y se halló envuelto en profunda oscuridad. Algunos minutos estuvo sin oír rumor alguno; minutos que le parecieron siglos, considerando el riesgo en que dejaba el símbolo del honor de Inglaterra, y

empezando ya, aunque tarde, á sentir amargos remordimientos. Pero retroceder sin ver á la que le llamaba hubiera sido perder la única recompensa que por su ciega temeridad se prometia. Habia faltado á una obligacion de las mas sagradas que pueden imponerse á un caballero: y algun galardón merecia tan peligrosa infraccion de las leyes severas de la caballería. Su situacion entre tanto era sobradamente penosa. Ignoraba á quien pertenecia la pieza en que Nectabano le habia introducido; pero sabia que Edit no se separaba de la reina, y era de temer que esta princesa llegase á descubrirle, y tuviese á desacato aquella éntrada furtiva en su residencia. Mientras se entregaba á estos sobresaltos, y casi formaba ya el designio de retirarse de tan fatal coyuntura, aun abandonando las lisonjeras esperanzas que habia concebido, oyó, en el vecino aposento, murmullos, y risas, y conversacion de mugeres, de las cuales, segun podia conjeturar, solo un lienzo le separaba. Distinguió al mismo tiempo las lámparas que iluminaban

el sitio en que se oia el rumor, y la sombra de algunas personas que se hallaban en él y cuyos movimientos le descubria aquella trasparente division. No era por cierto cortesía en un caballero dar oídos á lo que hablaban aquellas damas desconocidas; mas no podia evitarlo sin exponerse á nuevos y mayores inconvenientes.

— Llamadla, llamadla pronto; por la virgen que la llameis, dijo una de aquellas voces. Nectabano, bien puedes ir de embajador á la corte del preste Juan, puesto que tan hábil negociador te has mostrado en la ocasion presente.

El desacordado metal de Nectabano llegó entonces á oídos del caballero; mas habló en tono tan bajo, que le fué imposible entender una sola de las palabras que decia.

— ¿Y cómo saldremos, dijo la misma voz que habia hablado al principio, del embrazo en que nos ha puesto Nectabano?

— Lo mejor seria, si vuestra magestad no lo lleva á mal, respondió otra voz, que el sabio y augusto Nectabano, en caso de no



tener celos de su bella y noble consorte, le diese el encargo de despedir, como mejor lo entendiese, á ese caballero errante, que tan felices se las ha prometido, y tan digno se cree de los favores nocturnos de las damas.

— Justo fuera, dijo otra de ellas, que la princesa Ginebra hiciese la mitad de la obra, y enseñase la salida al huésped á quien su marido ha dado entrada.

Cubierto de vergüenza y confusión al escuchar estas razones, sir Kenneth iba á levantar el lienzo para escaparse, cuando le detuvo el nombre de Edit, pronunciado por la voz de la que habia empezado á hablar.

— Edit, dijo, se desengañará por sus propios ojos, y verá cuan bien cumple los deberes de soldado el tal Escocés. Bien merecida tiene esta lección, y ten por cierto, Calista, que el lugar que ese hombre ocupa en su corazón no se ha ocultado á mis ojos, y que piensa en él, mas de lo que á su sangre y elevación corresponde.

Otra interlocutora pronunció entonces

algunas palabras acerca de la prudencia de Edit.

— ¡ Prudencia ! dijo la que habia acabado de hablar : no la llames prudencia ; llámala orgullo , y deseo de parecer mejor que las otras . Por esta vez han salido erradas sus cuentas . Ya sabeis vosotras que nadie sabe distinguir las faltas ajenas con tanta perspicacia como Edit ; mas ella viene : silencio .

El caballero vió entrar otra sombra, que muy en breve se confundió en el grupo que las demas formaban. A pesar del amargo despecho que le roía el corazón ; á pesar de la ignominiosa situación en que le habia puesto la malicia ó la imprudencia de Berenguela (porque ya no podia dudar que era esta princesa la que con tanta autoridad hablaba á las otras), se sintió aliviado de un gran peso al saber que la hermosa Edit no habia tomado parte en aquella pérfida asechanza. Acrecentóse su curiosidad con la venida de la que ocupaba sus pensamientos, y lejos de dar un paso para retirarse, buscó en el lienzo alguna rendija ó abertura, que

le descubriese el objeto de sus adoraciones.

— La reina, decia á sus solas, que ha querido holgarse con mi fama, y que me ha hecho juguete de sus caprichos, exponiendo por mero pasatiempo mi honor y mi vida, no podrá llevar á mal que me aproveche de la ocasion que ella misma me ofrece, para averiguar á dónde van á parar sus intentos.

Parecióle al mismo tiempo á sir Kenneth que Edit aguardaba que la reina le dirigiese la palabra, y que las otras damas no osaban romper el silencio, antes bien se esforzaban en comprimir la risa.

— Vuestra magestad, dijo Edit, está, segun parece, de humor de reir, sin embargo que la hora es mas de dormir que de solazarse. Cuando recibí su mandato de venir á este sitio, ya iba á recogerme.

— No te detendré mucho tiempo, dijo la reina, una vez que tanto deseas el reposo; mas presumo que no dormirás muy tranquila, cuando sepas que te he ganado la apuesta.

— Señora, dijo Edit, pareceme que todo

esto pasa ya de los límites de chanza. Con vuestra venia repito que no he hecho apuesta alguna, no obstante que vuestra magestad insiste y se asegura en lo contrario.

— Y á mí me parece, dijo la reina, que nuestra romería no te ha servido de mucho, y que Satanas te persigue, y te ha puesto en este mal paso. ¿Negarás que has apostado tu sortija de rubíes contra mi brazaete de oro, á que ese caballero del Leopardo, ó rubio, ó como se llama, no abandonaria su puesto, aunque para ello recibiese expresa orden de su dama?

— No cometeré el desacato de desmentir á una reina de Inglaterra, dijo Edit, pero estas damas han sido testigos de todo lo que ha pasado. Vuestra magestad fué quien quiso apostar, y quien me tomó el anillo del dedo, sin embargo de que yo decia y repetia no ser conveniente á una doncella noble disputar en tal asunto.

— No podréis negar á lo menos, lady Edit, dijo otra voz, que os mostrásteis muy confiada en el valor del caballero del Leo-



pardo, y muy segura de que no abandonaría un solo instante la bandera de Inglaterra.

— Y dado caso que esos fueran mis sentimientos, preguntó enojada Edit, ¿bastará para que, por adular á la reina, me echeis en cara la falta que no he cometido? Hablé de ese caballero, como han hablado de él todos los que le han visto con las armas en la mano, y no tengo mas interes en defenderle, que vos podeis tener en vituperarle. ¿Qué entienden las mugeres de valor, ni de hazañas?

— La noble doncella Edit, dijo otra dama, no podrá jamas perdonarnos á Calista y á mí, el haber notado ciertos pimpollos de rosa que de sus blancas manos se escaparon en la capilla de Engaddi.

— Si vuestra magestad, dijo Edit, manifestando en el tono de su voz que solo podian comprimir su indignacion los respetos de la reina: si vuestra magestad no tiene otra cosa que mandarme, deme su permiso de recogerme.

— Silencio Florisa, dijo la reina, y no os tomeis la libertad, en mi presencia, de olvidar la distancia que media entre vos, y una parienta de mi real esposo. Y tú, querida prima, ¿ posible es que tan malhumorada te muestres por una chanza, y que no sobrellevés que nos riamos un poco, despues de haber pasado tantos dias en las cuatro paredes de un convento de monjas?

— Diviértase vuestra magestad cuanto guste, dijo Edit, mas antes consentiria yo en sollozar durante todo el curso de mi vida, que reirme por...

Detúvola sin duda el respeto: mas sir Kenneth pudo distinguir la pena que la agitaba.

— Perdóname, prima, dijo Berenguela, que en medio de ser algun tanto viva y atolondrada, poseia un corazon bondadoso y sencillo; pero ten á bien considerar que el negocio no merece que te ofusques. Me rio de la seriedad con que tomabas á pechos la defensa del Escoces, y de saber que á la hora esta se halla lejos del sitio en que debia



haber pasado la noche. Es verdad que no fué tan fácil reducirle á faltar á su obligacion : pero Nectabano se lo mandó en tu nombre, y parece que nada menos que esto hubiera podido inducirle á faltar á su deber.

— ¡ Dios de mi vida ! exclamó Edit, lanzando un grito que denotaba su temor y su sorpresa ; vuestra magestad ha comprometido el honor de la esposa de Ricardo, y el de su parienta. Pero no : todo esto es diversion. Vuestra magestad me perdone si he podido creer un solo instante que hablaba de veras.

— Lo que te llega al corazon , dijo Berenguéla, y cierto que no puedes disimularlo, es la pérdida del anillo , á que tan aficionada te muestras ; mas no te apesadumbres : yo te le devolveré de buena gana, con tal de que nos permitas envanecernos con el triunfo que hemos ganado , confundiendo esa ponderada sensatez que ostentas como la bandera de un guerrero invencible.

— ¡ Triunfo decis, señora ! dijo Edit indignada : el triunfo será del Sarraceno, y

de todos los enemigos del rey de Inglaterra, cuando sepan que su esposa ha convertido en juguete de sus fantasías á una doncella de la familia real.

— Mal pagadora eres, puesto que tanto te duelen prendas, dijo la reina ; mas yo renuncio á mi ganancia y te devuelvo el anillo que ha servido para derrocar aquel corazon de bronce. Cogido el pez, de nada sirve el anzuelo.

— Señora, dijo Edit, ya sabeis que es vuestro todo cuanto poseo, y que vuestra voluntad es para mí ley suprema : pero antes diera yo un celemín de rubíes, que emplear una alhaja mia y mi nombre en apartar á un hombre de bien del camino del honor, y exponerle al vilipendio y al castigo.

— Venimos á parar, dijo la reina, en que lo que temes es el mal que puede sobrevenir á tu fiel caballero. En poco estimas mi poder si crees que no bastaria á reparar los daños que algun capricho mio pudiera ocasionar. De carne, que no de hierro, es Corazon de Leon, y aunque mis ojos no con-

mueven las piedras, como los tuyos, algo pueden en el ánimo de Ricardo. Anda y no temas : basta que tanto te interese la suerte del Escoces, para que yo reduzca la severidad de mi esposo, si llega á saber que ha desobedecido á sus mandatos.

— Por la santa cruz de Jerusalem, dijo Edit, echándose á los pies de Berenguela, lo cual pudo distinguir sir Kenneth, combatido por un tropel de sentimientos que la pluma no es parte á describir, por la virgen de la ermita de Engaddi, y por todos los bienaventurados del cielo, ruego á vuestra magestad que mire en lo que se empeña. Poco tiempo hace que sois esposa del rey, y aun no conoceis lo bastante su condicion. Mas fácil os seria contrarestar con un soplo el vendaval en toda su furia, que reducirle con palabras en cosas del servicio de las armas. Despedid, por Dios, á ese caballero si es cierto que se halla en este sitio. Caiga sobre mi la vergüenza de haberle apartado de su deber, con tal de que se restituya inmediatamente adonde este le llama.

— Levántate prima, dijo la reina, y cree que todo acabará en bien. Pésame haberme divertido con un hombre por quien tan afanosamente te interesas. No hagas ese gesto de espanto. Si quieres, creeré que te es de un todo indiferente; todo lo creeré por no verte en esa afliccion y sobrecogimiento. Caso de descubrirse lo que ha pasado, yo me echaré toda la culpa, y me arrojaré á los pies de Ricardo en favor de tu amigo... de tu conocido, quiero decir. No te enojas : Nectabano va corriendo á despacharle, y no tardará mucho en restituirse á su puesto. Supongo que estará escondido en alguna de esas tiendas inmediatas, esperando la hora feliz.

— Vuestra magestad se engaña de medio á medio, dijo Nectabano. Embajadores como yo no dejan los negocios á medio hacer. El caballero del Leopardo está detras de esa cortina que separa este aposento del inmediato.

— ¡Oyendo todo lo que hemos dicho! exclamó la reina, que de pronto, de alegre



y burlona, se tornó amedrentada é iracunda.  
¡ Maldito monstruo !

A esta enérgica imprecacion, Nectabano respondió con un agudo chillido, pues sin duda Berenguela no se contentó con la reconvencion verbal, y le hubo de infligir alguna señal mas positiva y sensible de su indignacion.

— ¿ Qué haremos ? preguntó Berenguela en voz baja, y procurando disfrazar su inquietud.

— Lo que nos toca hacer, respondió Edit; veamos á ese caballero, y sepa de nosotras todo lo que ha pasado.

Diciendo estas palabras, se dirigió al sitio en que sir Kenneth se hallaba, y empezó á descorrer apresuradamente la cortina.

— ¿ Qué haces ? dijo la reina... por Dios... ¡ en mi cuarto !... mi traje... la hora... mi honor.

Mas antes que Berenguela hubiese terminado su plegaria, quedó enteramente descubierta la cortina, y sir Kenneth en presencia de aquellas nobles damas, cuyo traje,

y particularmente el de la reina si correspondia á los rigores de la estacion, no era el que mas convenia para presentarse ante los ojos de un caballero. La reina conoció cuan comprometido estaba su decoro; y dando un grito penetrante, salió de la cámara, en que apareció á cuerpo descubierto el caballero del Leopardo. El dolor y la agitacion que atosigaban los sentimientos de Edit, y la urgente necesidad en que se hallaba de explicarle en breves razones todo cuanto habia ocurrido, no le dieron lugar á reflexionar en nada. Estaba desordenada su cabellera, sirviendo de velo al demudado rostro en que la palidez del sobresalto luchaba con el blando carmin de la modestia; desnuda la pierna, y sin otro calzado el pie que unas chinelas, bordadas al estilo de Oriente; medio cubierta la persona con un corto traje de seda de color de rosa, y no bien recatados los hombros con una ligera banda, que pendia flojamente de ellos.

Mas aunque Edit conoció que este ropage no era el propio de una doncella de su san-



gre á vista de un hombre, sacrificó denodadamente el embarazo correspondiente á su sexo y á su clase, y solo pensó en reparar el daño que con su nombre se habia cometido: así que, ciñéndose apresuradamente la banda, y dejando de la mano la luz que en ella tenia, á fin de que no fuese tan visible su desaliño, mientras sir Kenneth permanecia inmóvil en el mismo sitio en que se hallaba, cuando se describió la cortina, ella se le acercó decididamente, exclamando:

— Volved al puesto, valiente caballero: os han engañado: nada me preguntéis.

— Nada pregunto, dijo el del Leopardo, hincando una rodilla en tierra, y fijando en ella los ojos, á fin de no aumentar la turbacion de su dama.

— Alzaos, partid, continuó Edit, no os detengais. Cada minuto que pasa puede ser un siglo de deshonra.

— Ya sé que estoy deshonrado, dijo sir Kenneth: de vuestros labios lo he oido. ¿Y qué pueden importarme ahora los castigos mas atroces, y los peligros mas inmi-

nentes? Partiré sin embargo, pues así lo mandais: mas no será antes de pedir os una gracia. Consígala yo, y dejadme ir á los sables de los infieles, á que laven con mi sangre la mancha que afea mi honor.

— No es necesario, respondió Edit, corred: todo irá bien si no perdeis estos momentos preciosos.

— Para irme, aguardo tan solo vuestro perdon, dijo el Escoces. He faltado á vuestra grandeza en creer que mis pobres servicios serian aceptables á sus ojos. Perdonad esta confiada y temeraria presuncion.

— Os perdono, dijo Edit, aunque no me habeis hecho ofensa. Yo he sido la causa inocente de este fatal engaño. Idos... os perdono... y os aprecio... como á todo valiente cruzado. ¿Porque no estais ya lejos de aquí?

— Recibid antes, noble señora, esta preciosa aunque funesta prenda, dijo sir Kenneth, presentando á la dama el anillo de rubies.

— Guardadle, respondió Edit, con nota-

bles demostraciones de impaciencia. Guárdadle en símbolo de mi... pesadumbre... Idos, idos... si no por vos, por mí á lo menos.

Sir Kenneth se levantó del suelo, y echando una rápida ojeada en la que reinaba en sus afectos, le hizo una humilde inclinacion, y se dirigió á la puerta. No le atormentaba en aquel instante la pérdida del honor, aunque habia oido tan fatal sentencia en boca de la que amaba: las muestras de favor que de ella acababa de recibir llenaban su corazon de consuelo. Al mismo tiempo, la pudorosa timidez que en el pecho de la dama habia cedido á un sentimiento mas urgente y eficaz, recobró de pronto su imperio, y la obligó á retirarse velozmente, dejando á sir Kenneth en la misma oscuridad en que estuvo al principio.

— Preciso es obedecerla, dijo el caballero del Leopardo, saliendo del arrobo en que tan encontrados afectos le ponian, y encaminándose al sitio por donde habia entrado. Desbaratado el hechizo que hasta entonces le habia tenido suspenso, conoció que el

tiempo urgía, y no siéndole posible, sin gran dilacion y molestia, salir por la abertura que le habia indicado el enano, sacó el puñal, y con él se abrió paso al traves de los lienzos del pabellon. Cuando respiró el aire libre, se sintió oprimido por un cúmulo de afectos diferentes, é incapaz de discernir el que mas le dominaba. Tuvo que acordarse de los últimos mandatos de Edit, para apresurar el paso, y llegar cuanto antes al puesto que nunca hubiera debido abandonar. Embarazábanle las cuerdas de las tiendas, y la necesidad de dar el mismo rodeo, por donde el enano le habia conducido, á fin de que no le echasen de ver los alabarderos de la guardia de la reina; y le era ademas necesario moderar el paso, y evitar que le descubriese el ruido de la armadura. El resplandor de la luna se hallaba á la sazón velado por una nube ligera, ocasionando una oscuridad que aumentaba la incertidumbre del aturdido amante, cuando mas ofuscada se hallaba su razon, por aquel cúmulo de inesperados sucesos.

Mas de pronto se despertaron sus adormecidas potencias al percibir hácia el monte de San Jorge, un ladrido espantoso y prolongado, al cual sucedió inmediatamente un profundo quejido, que solo las ansias de la muerte podian arrancar. El tímido ciervo que tantas veces habia descubierto Roswal en las espesuras del bosque no fuera mas pronto á saltar de su retiro, al acercarse tan fiero enemigo, que lo fué sir Kenneth á cubrirse de horroroso espanto, oyendo aquel indicio de la desventura que hubiera debido presagiar. Salvó con la mayor ligereza, y como si no le molestara el peso enorme de la armadura, el espacio que le dividia de la plataforma, y en pocos instantes se halló en su cima.

La luna rompió entonces la nube que la habia ocultado, y sir Kenneth vió que el estandarte de Inglaterra habia desaparecido; que el asta yacia hecha trozos por el suelo, y que el fiel alano parecia exhalar los últimos alientos.

## CAPITULO VII.

Pasado el primer espanto que heló la sangre en las venas del caballero del Leopardo, y que le dejó por algunos minutos privado de todo movimiento, el primero que hizo fué buscar por todas partes á los que habian



Mas de pronto se despertaron sus adormecidas potencias al percibir hácia el monte de San Jorge, un ladrido espantoso y prolongado, al cual sucedió inmediatamente un profundo quejido, que solo las ansias de la muerte podian arrancar. El tímido ciervo que tantas veces habia descubierto Roswal en las espesuras del bosque no fuera mas pronto á saltar de su retiro, al acercarse tan fiero enemigo, que lo fué sir Kenneth á cubrirse de horroroso espanto, oyendo aquel indicio de la desventura que hubiera debido presagiar. Salvó con la mayor ligereza, y como si no le molestara el peso enorme de la armadura, el espacio que le dividia de la plataforma, y en pocos instantes se halló en su cima.

La luna rompió entonces la nube que la habia ocultado, y sir Kenneth vió que el estandarte de Inglaterra habia desaparecido; que el asta yacia hecha trozos por el suelo, y que el fiel alano parecia exhalar los últimos alientos.

## CAPITULO VII.

Pasado el primer espanto que heló la sangre en las venas del caballero del Leopardo, y que le dejó por algunos minutos privado de todo movimiento, el primero que hizo fué buscar por todas partes á los que habian

violado el estandarte de Inglaterra; mas fué en vano, porque ni la mas ligera traza pudo descubrir que le indicase quienes eran ni adónde habian ido. El segundo, fué examinar la condicion en que se hallaba el pobre Roswal, y cierto que este impulso podrá parecer extraño á algunos, mas no á los que sepan por experiencia cuan natural es aficionarse á un animal inteligente, cariñoso, y sumiso, que tantas veces hace avergonzar al hombre con su adhesion y lealtad. El desventurado alano habia recibido una profunda herida en el desempeño de la obligacion que su amo le habia confiado. Sir Kenneth se le acercó; le halagó con la mayor ternura, á lo que Roswal, olvidando sus propios males, respondió lamiéndole la mano, y meneando la cola, como si la presencia de su dueño, y la satisfaccion que su vista le causaba, fueran suficientes recompensas del agudo tormento que padecia. Agravóse este, aunque al mismo tiempo el generoso can refrenaba sus lastimeros quejidos, cuando su amo le arrancó del costado el dardo

con que habia sido herido, y con mayor anhelo continuó acariciándole, en demostracion de gratitud; espectáculo que sobrecargó el corazon de sir Kenneth con nueva amargura, como si no tuviera bastante con la horrorosa perspectiva que la imaginacion le presentaba. Hallábase próximo á perder su único amigo y compañero, cuando iba á ser objeto del desprecio y del odio general. Su constancia cedió á este torrente de infortunios, y prorumpió en copioso llanto y agitados sollozos.

Cuando se abandonaba sin freno al dolor que le oprimia, oyó cerca de él una voz clara y sonora, que en la lengua franca, generalmente entendida, en aquellos tiempos, por cristianos y musulmanes, y en el tono grave y cadencioso de que suelen servirse los ulmas en las mezquitas de los mahometanos, pronunció las palabras siguientes:

— La adversidad es como las aguas que caen del cielo; como las primeras y las últimas lluvias; frias, molestas, ingratas al hombre y á la bestia: mas esas mismas llu-

vias fecundan despues los sembrados y los vergeles : los collados y las vegas ; ellas dan la flor y el fruto ; el dátíl, la rosa y la granada.

Sir Kenneth del Leopardo volvió el rostro hácia donde la voz salía, y vió al médico árabe, que se habia acercado, sin que él lo hubiese sentido, y sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, pronunciando al mismo tiempo, sin demudar su aspecto grave, mas suavizando la voz, y denotando en ella compasion y ternura, las sentencias de consuelo que tantas veces habia leído en el Koran y en sus comentadores; porque entre las naciones orientales, no pasa por sabio el que ostenta sus propias ideas, ni goza de la fama de tal el que se afana en publicar sus meditaciones y pensamientos; sino el que refiere lo que está escrito, y el que ha enriquecido su memoria con pasages notables de autores antiguos, sabiéndolos aplicar oportunamente, cuando la ocasion lo requiere.

Sir Kenneth se avergonzó de que le hu-

biese sorprendido el Moro en aquel momento de pusilanimidad; enjugó precipitadamente sus lágrimas, compuso el rostro y volvió á examinar la herida del alano.

—El poeta ha dicho, continuó el Arabe, sin hacer caso de la turbacion del Escoces, y fingiendo que no habia visto su movimiento: « El buey para el sembrado, y el camello para el desierto. La mano del sabio no abre héridas como la del guerrero; pero sabe curarlas mejor. La ciencia es como el calor del sol, que repara los desastres del huracan, y vuelve á cubrir de yerva el campo que su furor ha despojado.»

—Hakim, respondió el del Leopardo, tu ciencia no alcanza á curar este infeliz paciente; ademas que segun tu ley es un animal inmundo, y te es vedado poner las manos en él.

—Do quiera, respondió El Hakim, que Alá ha soplado la vida, el sentimiento de la pena y del placer, puede el sabio emplear la sabiduría que el mismo Alá le ha departido, y fuera descrédito de su humildad si rehu-



sase prolongar la existencia al que existe, y aliviar el dolor del que padece. El sabio no distingue entre la cura de un insecto y la de un monarca. Déjame examinar las heridas de ese animal.

Sir Kenneth condescendió con la oferta del musulmán, el cual sondeó la herida de Roswal, con tanto esmero y atención como si fuera un ser humano. En seguida sacó un estuche de instrumentos de cirugía, y aplicando con singular delicadeza y tino las pinzas, extrajo las astillas de madera que estaban clavadas en la carne, y detuvo la efusión de sangre que siguió á esta operación, con unguentos, hilas y vendages. El paciente sufrió sin moverse, como si el instinto le descubriese las caritativas intenciones del musulmán.

Este animal recobrá la salud, dijo El Hakim, dirigiéndose á sir Kennet, si permites que sea conducido á mi tienda, donde será tratado con la atención de que su indole leal y generosa es digna: porque ten entendido que tu servidor Adonebec no es

menos diestro en el conocimiento de las castas de perros y caballos, que en las dolencias que aquejan á sus hermanos.

— A tu cargo le encomiendo, dijo sir Kenneth, y tú serás su dueño si consigues curarle. Débote algun galardón por la asistencia que has dado á mi escudero, y no tengo otra cosa con que pagarte; además de que ya debo despedirme de la caza, y pensar en cosas de mayor momento.

El Arabe no dió otra respuesta que una palmada, á cuya señal comparecieron inmediatamente dos esclavos negros. Dióles algunos órdenes en su lengua; ellos, inclinados profundamente, respondieron: « Oir es obedecer, » y tomando en brazos al animal, le llevaron consigo sin mucha resistencia de su parte; porque aunque sus miradas ansiosas se tornaron dolorosamente hácia su amo, el dolor y la pérdida de sangre le habian privado de todo movimiento.

— Vive y sé feliz, dijo sir Kenneth, sin poder comprimir el dolor que le atosigaba, vive y sé feliz, mi único y desventurado ami-

go; preciosa alhaja, y demasiado preciosa para un dueño tan mal aventurado. ¡Pluguiese al cielo que, mal herido como estás y próximo al último trance, me fuera dado trocar mi suerte con la tuya!

— Escrito está, dijo El Hakim, aunque no fueron dirigidas á él las palabras de sir Kenneth, que todas las criaturas estan hechas y acomodadas al servicio del hombre, y el dueño de la tierra habla desacordado y fuera de razon, cuando en su insensata impaciencia desea cambiar sus esperanzas terrenas y celestes y su alta condicion de hijo de Alá, por la servil y humilde de una criatura tan inferior.

— El can que muere en el cumplimiento de su obligacion, dijo el caballero, es mejor y de mas prez que el hombre que la abandona. Ruégote, El Hakim, que me dejes. Tú posees en esta tierra de prodigios el arte de hacer los que solo estan al acance de una ciencia casi sobrehumana; mas las heridas del alma no tienen cura.

— Tiénenla, dijo el sabio, si el paciente

explica su dolencia, y se deja guiar por los avisos del médico,

— Sabe pues, dijo sir Kenneth, ya que tanto me importunas, que la bandera de Inglaterra ha estado tremolada, no hace mucho, en este mismo sitio. Yo la guardaba.... yo debia guardarla. Mira por el suelo las astillas del asta; el pendon ha desaparecido... el dia luce ya en el horizonte, y todavía vive este desventurado.

— ¡Será posible! exclamó El Hakim, examinándole con la mayor atencion. Tu armadura no ha recibido el menor golpe; tus armas no estan teñidas en sangre, y es fama que de otro modo vuelves siempre del campo de batalla. Te han seducido; te han atraido fuera del puesto en que hubieras debido matar ó perecer... ¡O Nazareno! Tu perdicion han sido las sonrojadas mejillas, y los negros ojos de una de esas houries á quienes vosotros cristianos tributais mas bien el acatamiento y la adoracion debidos tan solamente á Alá, que la aficion que merecen unas formas tan caducas y perecederas como el barro.



No tiene ni puede tener otra causa el mal que te aflige; porque así ha caído siempre el hombre, desde los días del sultán Adán.

— Y si así fuera como dices, respondió prontamente el del Leopardo, ¿qué remedio?

— La sabiduría, dijo el Arabe, es madre del poder, como el valor es el padre de la fuerza. Préstame atención. El hombre no es como el árbol que se clava en la tierra, y allí vive, y crece, y da fruto; ni su contestura es como la del insecto marino, que no puede vivir sino es pegado á una roca estéril. Los escritos que vosotros los Nazarenos reverenciáis, como inspirados por la sabiduría divina, os mandan huir de la ciudad en que estais perseguidos, y buscar asilo y amparo en otra; y nosotros los musulmanes sabemos que el profeta de Alá, arrojado de la santa ciudad de la Meca, halló refugio y soldados en Medina.

¿Y cuál es la consecuencia que yo debo sacar de todo eso? preguntó sir Kenneth.

— Una muy importante, dijo El Hakim. El sabio huye de la tempestad, y se pone al

abrigo de sus furores. Apresúrate, por tanto, huye de la venganza de Ricardo, y ponte á la sombra de la bandera victoriosa de Saladino.

— Bien parecería, respondió sir Kenneth, que yo fuera á ocultar mi deshonor en un campo de infieles paganos, donde semejante nombre no tiene significacion. ¿No fuera mejor consumir el delito, y merecer á la vez todas las maldiciones del cristianismo? Porque, según veo, tu consejo va á parar á que trueque el yelmo por el turbante, y cierto que solo me falta la apostasia para acabar de llenar la medida de la infamia.

— No blasfemes, Nazareno, dijo el Arabe con un gesto de autoridad, que disonaba de sus modales mansas y comedidas: Saladino no conquista discípulos á la ley del profeta, sino que admite benignamente en ella á los que han recibido de lo alto la luz del convencimiento, y se humillan de corazón al yugo de sus mandatos. Abre tus ojos á la luz, y el gran soldán, cuya liberalidad es tan ilimitada, como su poder, pondrá una corona



en tus sienes : permanece, si quieres, en las tinieblas que ahora te ofuscan, y aunque tu segunda vida sea condenada á miseria, Saladino puede hacerte y te hará rico y feliz, durante tu mansion en el destierro de la existencia mortal : mas no receles que el turbante ciña tu cabeza, si tú mismo no lo pides libremente.

— Caiga ella mil veces de mis hombros, respondió sir Kenneth, como caerá seguramente antes que se oculte ese sol que nos ilumina, mas bien que abrazar el partido que me propones.

— No eres cuerdo, cristiano, dijo El Hakim, ni es tan descabellada mi oferta que merezca tan violenta desaprobacion. Yo tengo algun poder con Saladino, y con mi apoyo puedes alcanzar mucho de él. Oye, hijo mio; esta cruzada, como vosotros llamais vuestra temeraria empresa, es una galeota carcomida que estan deshaciendo las olas del mar. Hoy pierde el gobernalle, mañana la mitad de la quilla, y muy en breve habrán desaparecido sus míseros fragmentos en la inmensidad del

Océano. Tú mismo has llevado propuestas de tregua, de parte de los reyes y príncipes que estan aquí reunidos, al poderoso soldan, y quizas te es sabido su tenor y nada ignoras de lo que se le pide.

— Nada sé, y nada me importa el soldan ni la tregua, respondió apesadumbrado el impaciente Escoces. ¿Qué presta haber sido enviado de príncipes y reyes, cuando antes que llegue la noche estaré colgado en una horca, y deshonorado para siempre?

— Mis palabras, dijo el Hakim, se enderezan á evitarlo. Saladino es como el sol : no hay quien desconozca su poder, ni quien le niegue admiracion y reverencia. Los príncipes que se han ligado contra él, y que de tan remotas partes han venido para combatirle, le han hecho tales proposiciones de paz y sumision, que en otras circunstancias hubiera podido sin deshonor admitirlas. Algunos de ellos le han dirigido ofertas privadas, relativas á sus propios negocios, brindándose á separar sus fuerzas de las de los reyes de Franchistan, y aun á sostener con

sus armas el estandarte del profeta. Mas Saladino no se sirve jamas de traidores, ni dará su confianza á los que venden la agena. El rey de los reyes solo puede entenderse y tratar con el rey Leon. Saladino solo tratará con Melec Ric, y tratará con él como príncipe, ó como guerrero. Pronto está á pactar con él tales condiciones, cuales nunca hubieran podido arrancarle por fuerza, y por temor todas las espadas juntas de Europa. Permitirá á los Nazarenos la libre peregrinacion á Jerusalem, y á todos los otros sitios de su devocion: aun mas puede esperarse de su generosidad magnánima; dividirá el imperio con su real hermano Ricardo, consintiendo en que ponga guarniciones cristianas en las seis ciudades mas fuertes de Palestina, y otra en la misma Jerusalem, dejándolas bajo el mando de los cabos que Ricardo nombre, reconociéndole bajo el titulo de rey custodio de Jerusalem. Cosas mas extrañas é increíbles voy á comunicarte, y solo á un hombre de honor, como no dudo que lo eres, me fuera lícito revelar tan

importante secreto. Sabe pues que Saladino pondrá un sello indestructible á esta feliz union entre los dos príncipes mas sabios y mas nobles del Asia y de Franchistan, elevando á la encumbrada condicion de su real esposa á una doncella cristiana, de la sangre de Ricardo, y conocida con el nombre de lady Edit de Plantagenet\*.

— ¿Qué has dicho? exclamó de pronto sir Kenneth, que habia prestado poca ó ninguna atencion á la larga narracion de El Hakim, pero cuya distraccion cesó de repente cuando el nombre que habia pronunciado el Arabe, tocó la cuerda mas sensible de su corazon. Moderándose despues, ó á lo menos haciendo cuantos esfuerzos cabian

\* Este suceso parecerá á nuestros lectores tan extraño y absurdo que casi nos es preciso decir que realmente acaeció como aquí se cuenta. Algunos historiadores lo desfiguran, suponiendo que la boda propuesta debia verificarse entre la reina viuda de Nápoles, hermana de Ricardo, y un príncipe hermano de Saladino. Parece que ignoraban hasta la existencia de Edit de Plantagenet. Véase la Historia de las cruzadas, por Mill.



en su índole para comprimir la indignacion que ya le brotaba por los ojos, y trasformándole en la apariencia de dudoso desprecio, tomó el partido de seguir la conversacion, con el objeto de adquirir cuantos datos pudiera acerca del plan que El Hakim le había indicado. Interesábale sobre manera este proyecto, por creerle injurioso al decoro, y contario á la ventura de aquella, que aunque inocente, era la causa real de la pérdida de su honor, y del inminente peligro en que su vida se hallaba. ¿Y cuál es el cristiano, dijo con toda la serenidad de que podia revestirse en aquella ocasion, que apruebe un enlace tan violento, como el de una doncella cristiana, y un infiel Sarraceno?

— Eres un ignorante y supersticioso Nazareno, respondió El Hakim. ¿No estás viendo que los príncipes mahometanos se casan con las nobles doncellas nazarenas de España, sin que se escandalicen por esto los cristianos ni los Moros? Si los bárbaros de la Península han aprendido cortesía y civilizacion de los hijos del Africa, nosotros

que tenemos la dicha de oír la voz del mismo profeta, os puliremos del mismo modo á vosotros, ásperos isleños, que temblais delante de una muger, y venis de tan remotas tierras á combatir contra los que no os han ofendido. Saladino, no obstante ser el rey mas potente del Asia, dará á su real hermano mayores pruebas de confianza y favor: permitirá que la ilustre doncella conserve esa libertad y soltura que vosotros concedeis en Franchistan á las mugeres; la dejará gozar del libre ejercicio de su religion, porque en verdad poco importa la que profesen las personas de su sexo, y tales serán sus preeminencias y autoridad en la zenana de Saladino, y sobre todas sus otras mugeres, que ella sola será considerada bajo todos respetos, como su única y absoluta reina.

— ¡Qué oigo! dijo sir Kenneth, ¿te atreves á pensar tal bajeza del héroe á quien toda la Europa ha dado el bien merecido título de Ricardo Corazon de Leon? ¡La perla de la corte de Inglaterra, la flor de las doncellas cristianas, la noble parienta del



mas noble de los monarcas convertida en concubina del harem de un infiel! Sábeta, El Hakim, que el mas pobre de los caballeros, miraria con horror tan ignominioso enlace, y antes que dar su hija á un musulman, consentiria en verla pedir limosna por las calles.

— Hablas como el ciego cuando disputa sobre colores, dijo el Arabe, y cristianos hay en el campamento, de mas gerarquía que tú, y muy de otro modo dispuestos acerca de esta proyectada boda. Felipe de Francia, y Enrique de Champaña y otros de los mas distinguidos aliados de Ricardo, han oido sin extrañeza la proposicion, y han prometido emplear sus persuasiones y su influjo en llevar á cabo una empresa, con que tendrán fin estas guerras insensatas y destructoras. El sabio gran ulema de Tiro se encarga de abrir la negociacion y no duda que el plan será llevado á efecto. La sabiduría del soldan le ha dictado en tan grave negocio, las precauciones que exigen esas discordias y enemistades que andan entre

vosotros, y por esta razon se ha guardado de descubrir sus intentos al de Montserrat, y al maestre de los templarios, de los cuales tiene entendido que buscan y desean la perdicion de Ricardo, y no su gloria y engrandecimiento. Animo, pues, sir Kenneth, y á caballo. Un billete de mi mano te abrirá las puertas de la confianza de Saladino; y ni te apesadumbres con pensar que abandonas tu patria, ni tu causa, ni religion, puesto que tan próximo está el tiempo en que no sean mas que uno los intereses de ambos soberanos. Tus avisos pueden ser de gran utilidad al soldan, instruyéndole en todos los usos y prácticas de los matrimonios de vuestra tierra, en el modo de tratar y servir á las damas, y en otros muchos puntos de ley y costumbre, que le conviene saber, á fin de no desmerecer en lo mas pequeño del gran concepto, y justa nombradía de que goza. La mano derecha del soldan abre los manantiales de los tesoros de Oriente, y su generosidad es como la fuente que llena los cauces del Nilo. Otro medio se te ofrece de

salir de ese extremo en que te hallas. Verificada que sea, del modo que te he dicho, la alianza, poca dificultad podrá tener Saladino en conseguir de Ricardo, no solo tu perdón, sino que te restablezca en su gracia, y te conceda un mando honroso en las huestes de Franchistan que han de quedar en Palestina, para sostener los derechos y autoridad del rey de Inglaterra. Animo, pues, repito, y monta á caballo, y entra en el camino que la fortuna te ofrece.

—Hakim, dijo el caballero Escoces, tú eres un hombre de paz, y además has salvado la vida al rey Ricardo, y á mi pobre escudero Straucham. Por esta razón he prestado oído á todo lo que me has dicho, y si otro que tú fuera el musulmán que en semejante asunto me hablase, con mi espada, que no con mi lengua hubiera yo puesto término á la conversacion. En cambio de tus consejos, voy á darte otro, y es que el musulmán que intente hacer la proposición á Ricardo, de unir la sangre de Plantagenet con la de su maldita raza, se guarezca la serviz con un

yelmo capaz de resistir un golpe de maza igual al que hizo astillas la puerta de San-Juan de Acre. Si así no lo hiciere, toda tu sabiduría no bastaría á curarle.

— ¡ Con que estás determinado, dijo El Hakim, á no acogerte á puerto seguro, y á rehusar la protección de que bajo las banderas de Saladino puedes disfrutar! Mira que estás á la orilla de la destrucción, y que tus leyes como las nuestras prohíben al hombre romper el tabernáculo de su vida.

— ¡ Dios me preserve de tamaño atentado! exclamó horrorizado el Escoces, y haciéndose la señal de la cruz. Nuestra santa ley nos prohíbe también evitar el castigo que nuestras culpas y flaquezas merecen; y puesto que tan equivocadas y erróneas son tus ideas acerca de la fidelidad, pésame haberle dado el perro, que tantos testimonios me ha dado de la suya; porque si recobra la vida, tendrá un dueño que no sabrá apreciar su valor.

— Quien se arrepiente del don que ha hecho, respondió el Arabe, lo retracta. Los



juramentos de mi profesion no me permiten despedir al enfermo, sin aplicarle los remedios que á su perfecta curacion puedan contribuir. Si sana el alano, volverá á ser tuyo.

— Anda, El Hakim, dijo sir Kenneth, harto hemos hablado y sobradamente se han alejado mis pensamientos del único asunto que debe ocuparlos. El hombre no debe pensar en perros, ni caballos, cuando solo le separan algunas horas de la muerte. Déjame pedir perdon á Dios por mis culpas, y aparejarme al trance que me aguarda.

— Déjote con dolor en tu pertinacia, dijo el físico; la niebla oculta el precipicio á los ojos del caminante, que va á sepultarse en su seno.

Retiróse el Sarraceno con pasos lentos y detenidos, parándose de cuando en cuando y volviendo el rostro, como si aguardase que el caballero, arrepentido de su temerario propósito, le llamase y admitiese su oferta. Mas, no verificándose así, bajó de la plataforma, y poco á poco desapareció entre

las calles de tiendas, en cuyos vistosos y variados lienzos reflejaba ya sus primeros vislumbres la aurora.

Pero aunque las explicaciones de Adonebec no habian hecho en el alma del desgraciado Escoces la impresion que el sabio deseaba, le habian inspirado un deseo de vivir mucho mas vehemente que el que hubiera abrigado, si no se le hubiese revelado tan importante secreto. Para él, una vida sin honra, era como un broquel de hierro en los brazos de un niño; pero considerando á su dama tan próxima á ser víctima de una negra conspiracion, podia todavía esperar, si la Providencia le salvaba de aquel amargo trance, que su brazo defenderia á Edit contra los enemigos de su honor, y la sacaria ilesa de los daños que se le aparejaban. Por otra parte, las palabras del médico sarraceno le traian á la memoria varias circunstancias que observó, aunque no le fué dado entenderlas, durante su mansion en la ermita, asi como ciertas señales de inteligencia entre el anacoreta y Sirkhoff, ó Ilderim;



todo lo cual habia sido para él un enigma, pero que le confirmaba en parte cuanto El Hakim habia dicho sobre el artículo secreto del tratado.

— El ermitaño, dijo, es un impostor refinado, un hipócrita astuto, y yo he sido juguete de sus arterías. Ya entiendo lo que queria decir cuando hablaba del marido infiel convertido por la esposa cristiana, y ¿quién sabe si el traidor no proporcionó al Sarraceno, maldito de Dios, las ocasiones de ver en su misma cueva á la flor de Plantagenet? ¿Quién sabe si no era Sirkhoff el emisario de Saladino para tratar de estas sacrílegas bodas, y para asegurarse por sí mismo de que Edit era digna de hallar entrada en el harem del perro pagano? ¿Qué no tuviera yo otra vez entre mis manos al infame embajador! A fe que le quitase las ganas de volverse á meter en tercerías injuriosas al honor de un rey cristiano, y de una noble y virtuosa doncella. Pero las horas vuelan, y en tanto que hay sangre en mis venas, algun partido he de tomar menos

ignominioso que permanecer clavado en la escena de mi infamia.

Detúvose algunos instantes, arrojó al suelo el yelmo, bajó del monte de San Jorge, y tomó el camino del pabellon de Ricardo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

